

*Ercole Lissardi*  
**EL BIEN SUPREMO**

## I

Despierto maravillado, diciéndome que es el sueño más hermoso que haya tenido en mi vida, y que, en caso de tener que dejar de existir –aunque todavía confío en ser inmortal-, ese sería el momento perfecto, sintiendo lo que sentía. Pienso, pero sin amargura, que jamás volveré a experimentar un estado de felicidad semejante.

Paso a relatar el sueño, aunque sé que lo que comunican los sueños no se puede reproducir con palabras. Comenzaba con un partido de fútbol. Nocturno. Mi equipo ganaba por goleada, una goleada increíble en la que los goles se sucedían con total facilidad. Hasta que la cancha se convertía en un gran salón de fiestas, un lugar lujoso, iluminado con luces bajas, discretas, y poblado por gente elegante que cuchicheaba y bebía de su copa de champagne ignorando mis manejos con la pelota de fútbol. El fútbol desaparecía y yo era uno más entre los elegantes. Salía del gran salón y en una especie de hall veía gente desayunando. Comprendía que ya estaba amaneciendo. Salía a la terraza y veía, maravillado, que el espléndido club en el que me encontraba abría su terraza sobre un bellísimo valle de puro verdor. Corría yo por la terraza, que se convertía en una larga explanada con un suave declive. Corría tan rápida y fácilmente que terminaba por comprender que en realidad iba en bicicleta. El aire fresco de la mañana me acariciaba, me excitaba. La explanada aterrizaba en un césped perfecto por el que mi bicicleta continuaba avanzando a loca velocidad. De pronto tomaba vuelo, volaba por sobre la pradera recorriendo el valle. Pensaba, exultante, que jamás había estado en un lugar tan increíblemente hermoso. El Paraíso, pensaba. El Paraíso en la Tierra. Y así, volando ya sobre los bosques, dando lentamente una gran vuelta sobre el valle, desperté, muy suavemente, tan suavemente como la niebla se disuelve con la brisa, diciéndome que nunca había tenido un sueño tan hermoso en toda mi vida. Era como si fuera niño otra vez, apenas un adolescente, y volviera a descubrir la belleza del mundo.

No soy de despertarme muy temprano. Si tal cosa me acaece cierro los ojos y vuelvo a dormirme sin dificultad. En este caso volver a dormirme tenía como aliciente la posibilidad de retomar el bello sueño. Sin embargo, el estado de lucidez en que desperté era tal que supe de inmediato que sería inútil intentar volver a dormirme, a pesar de que aún era de noche. Me puse el salto de cama sobre el pijama. La brisa deliciosa que había experimentado en el sueño me hizo desear salir al aire fresco de la noche. Subí a la

azotea. Mi casa tiene dos pisos, tiene un pequeño ascensor que llega hasta la azotea. Al salir al fresco me esperaba una sorpresa. De alguna manera fue como una continuación de mi sueño. Medio cielo era de un color verdoso muy claro, la otra mitad era aún de un color azul oscuro, casi negro hacia el horizonte. Justo encima de mí formaban una corona las últimas estrellas visibles, las más brillantes. Una corona rematada por el esplendor del Lucero del Alba. Quedé mirando aquello, que me parecía mi coronación, con los ojos bien abiertos, hasta que la luz terminó por disolver el instante de fantástica belleza. Rompió entonces el silencio el canto de un pájaro anunciando el día.

.....

Se me hizo inmediatamente evidente que aquel despertar mágico guardaba para mí un significado que debía desentrañar. No soy persona dada a esoterismos, sentidos ocultos ni simbolismos. Al contrario: soy espontánea y naturalmente un pragmático. Pero la idea de que aquella zambullida en la felicidad onírica, seguida de una especie de ungimiento cósmico, no eran puro azar, se me presentó con total claridad y sin lugar a dudas. Tan es así que, apenas comenzó a remitir el aura en que me sentía envuelto, si no se me presentó al espíritu la solución de semejante ecuación, sí sentí un poderoso impulso de renovación, que debo decir que desde tiempo atrás buscaba sin encontrarlo, y que sólo puedo atribuir a la sensación de beatitud –no encuentro mejor palabra para expresarme- que aquel despertar me había dejado.

No tuve la menor duda respecto de hacia dónde debía dirigir ese impulso de renovación. Desde hacía tiempo experimentaba la necesidad de introducir cambios radicales en mi vida. Sabía que en mi vida había cosas que debían terminar para, con la energía así liberada, encarar desarrollos que apenas podía intuir pero que sospechaba de la mayor importancia. Decidí no ir a la oficina, quedarme en casa, velar las armas inmerso en aquella sensación de paz y armonía, convencido de que era en ese momento, o nunca, que terminaría por comprender la naturaleza del cambio que lo más profundo de mi ser me exigía.

Por lo menos sabía, con total certeza, lo que debía dejar atrás: mi inmoderada pasión por las mujeres. Ya no podía ser más vivir para acecharlas como perro de presa, oteando el odor di femmina, poseído por la irrefrenable curiosidad que me despierta cada rostro de mujer, por el deseo inagotable de descifrar su banal misterio haciéndoles estallar la máscara en el momento del éxtasis. Me mueve vencerlas. Arrebatárles la máscara.

Cobrar la pieza. Anotar sus nombres en mi lista. Es decir: me mueve lo mismo que las mueve a ellas: la pasión del juego. El momento del jaque mate. De eso, pues, es que quiero liberarme en primer lugar. Ya no quiero existir para ese juego. Quiero existir en serio. No hay nada detrás de la máscara. Saltar de una a la otra sin cesar no es más que un juego intrascendente en el que se me ha estado yendo la vida.

Ya ni me acordaba de cómo es vivir en paz y en armonía, sorbiendo la infinita belleza del instante. He confundido paz con agotamiento, beatitud con hastío y con vacío. No he sabido vivir para mí, ni en la paz del alma, que hace posible la sabiduría. He vivido corriendo detrás de alucinaciones, en la ansiedad feroz de poseer esos cuerpos para asolar con orgasmos el enigma imbécil de sus rostros de mujer. Sentí que esa mañana se había acabado la fiebre que me impedía vivir en mí y para mí, que me impedía el estado de espíritu desde el cual es posible empezar a saber para qué estoy vivo y qué es lo que realmente importa en la vida, antes de que sea demasiado tarde. En ese momento de mi vida me era indispensable cortar el frenesí erótico. El placer –o, más bien, la cosquilla- que los juegos de la seducción me proporcionaban no justificaba lo que estaba dejando por el camino. No tuve dudas: era el momento de parar, bajarme del vértigo, repensar todo, poner cada cosa en su lugar, darle a cada cosa su valor, llegar a comprender qué es lo que realmente importa.

.....

Claro que para lograrlo no iba a recurrir a ningún expediente radical. No está eso en mi naturaleza. No iba a hacer como aquel filósofo que para no distraerse en su meditación se quitó la vista. O como aquel teólogo que para no pecar se castró. Por el contrario, después de meditarlo un largo rato, mecido en la tranquilidad profunda que aquel despertar mágico me aportaba, decidí que lo más razonable y eficiente sería recurrir a una solución homeopática. Ya no soy un potrillo al que el semen se le escapa hasta por las orejas. Una masturbación disciplinadamente hecha cada mañana seguramente dejaría aplacados a mis demonios por el resto del día. Unos años antes semejante dosis no hubiera bastado. Ahora estaba seguro –o casi- que sería suficiente. Por supuesto, semejante terapia no podía ser administrada por mano de mujer: de esa manera el remedio terminaría siendo peor que la enfermedad. Ni por propia mano: el esfuerzo físico y mental que implica aplacarse con la propia mano termina no en la

liberación sino en el agotamiento, que no es en absoluto lo que busco. La terapia tendría que ser administrada, pues, por mano masculina.

Pedí el servicio. Especifiqué que lo que quiero es un masturbador, un verdadero especialista en la materia.

-Esté tranquilo –me aseguró la voz pastosa, arruinada por los cigarrillos, que me atendía por teléfono.

-Pero mire que esa es la única habilidad que me interesa –le insistí.

-No va a tener motivo de queja –dijo tosiendo y aclarándose la garganta-. Lo llamamos El Gran Masturbador, así, con mayúsculas.

Me pregunté si me estaría tomando el pelo.

-¿Para qué hora lo quiere? –preguntó.

-A las nueve de la mañana.

El detalle lo superó, lo noté en su silencio.

-¿De la mañana? –preguntó con una punta de impertinencia en la voz.

-De la mañana –repetí, seco.

-Pa-ra-las-nue-ve-de-la-ma-ña-na –repitió silabeando mientras anotaba. Me lo imaginé mojando en la lengua el grafo de su lápiz para garabatear laboriosamente en su libretita-. Muy bien. Muchas gracias por preferir nuestros servicios. Esperamos su transferencia bancaria para confirmar el pedido –dijo finalmente, y cortó sin esperar respuesta.

Me levanté hacia las ocho. Desayuné café y tostadas mirando el canal Bloomberg. Aunque la alquimia económica es mi curro, la información económica siempre me da la misma impresión: la de que aun cuando todo parezca ir viento en popa estamos, en realidad, siempre al borde de la catástrofe. El especialista llegó a las nueve en punto. Alto y flaco, menos de treinta años, rostro afilado y mechón rebelde de pelo sobre la frente, virilmente guapo. Dedos largos y delgados. Nerviosos. Como animalitos. Vaqueros y chaqueta, zapatillas de tenis, un bolsito colgado del hombro. Estilo casual, tipo ciber-yuppie: parece un figurín de modas para adolescentes, y evidencia el aura medio distante y medio altanera del gay narcisista.

Le explico lo que quiero: una buena paja, lisa y llana, honesta y bien hecha, a fondo, como quien ordeña una vaca. Sobre todo sin arrumacos, ni efectismos, ni virtuosismos.

-¿Está claro?

La mirada escurridiza del muchacho se detuvo en mi mirada ceñuda, inquisidora.

-Usted manda –dijo en tono indiferente, un poco amoscado quizá por mi tono imperativo.

-Quiero poder cerrar los ojos y pensar en otra cosa, por eso le digo exactamente lo que quiero.

-Está bien –dijo, encogiendo un poco sus hombros anchos y huesudos-. ¿Dónde está el baño?

-Cuando terminaste –continué, ignorando su pregunta- me limpiás, pasás al baño, después recogés el sobre que te dejo aquí junto a la puerta y te vas, sin decir palabra.

Volvió a recalar su mirada en la mía cuando mi silencio le indicó que esperaba respuesta.

-Bien –dijo.

-Si lo hacés bien tenés cliente para muchas mañanas. Usá ese baño –terminé, indicándole el baño de las visitas.

Lo hizo bien, imposible mejor. Pese a su actitud indolente y al gestito vagamente despectivo que se gastaba, era un experto masturbador, alguien que se tomaba verdaderamente en serio su trabajo, cosa que no abunda. Se tomó su tiempo en los preparativos. Lo esperé desnudo panza arriba en mi cama, tan relajado que cuando finalmente compareció estaba a punto de dormirme. Se puso una especie de camisola o blusa celeste, como de quirófano, de manga corta. Sus brazos y sus manos eran blancos, peludos y huesudos. Se arrodilló entre mis piernas. Sólo presta atención a lo que hace. Cierro los ojos intentando poner la mente en blanco, pero me resulta difícil. Además, con la mente en blanco terminaría prestándole atención a sus manejos, que es lo que no quiero. Quizá para ayudar, pensé, debiera imaginar cosas eróticas, recordar. Pero no, si lo hiciera la paja me dejaría con las ganas, con un resto, insatisfecho, y tiene que ser algo aséptico, un drenaje, pura fisiología. Pensar en cualquier otra cosa. En Alaska. Una pradera interminable, cubierta por la nieve. Agotado he caído en la nieve, de cara al cielo blanco, y me hundo lentamente en el sueño, que es el de la muerte. De pronto el roce nervioso de un hocico que olisquea mi vientre, buscando mi pene dormido y arrugado. Un lobo. Sobresaltado abro los ojos. Es mi proveedor de paz interior, que roza mi pene con los labios, con el aliento, y que, apenas presionando con los dientes, va retirando el prepucio. Lame el glande. La verga reacciona lentamente, desperezándose. Me hundo otra vez en el sopor. Sentir sólo ahí. Desconectar de toda sensación, de toda tensión, de toda tonicidad todo el resto del cuerpo. La playa de mi infancia. La araña de mar en la red de los pescadores. Verdosa. Las patas interminablemente largas y

costrosas, y el cuerpo pequeño, como un plato. El misterio del mar. Ya lo consiguió. Dura como un calambre. Pero insensible, sin inminencias. La mano ágil, alada, la recorre desde la punta a la base embadurnándola con una crema fresca. Espero que haya entendido: llevarla despacio. Camino por la playa desierta. Es de mañana temprano. Es primavera. Camino por la orilla, descalzo. Al retirarse la ola busco burbujas en la arena, hundo el dedo índice en la arena húmeda hasta que toco algo duro, lo saco, es un berberecho, lo meto en mi bolsillo. Voy a pescar. Pescaditos para mi gato. La pulpa de los berberechos es mi carnada. Entendió. Ningún apuro. Los dedos largos y hábiles juegan con mi erección. Como las patas de un gran insecto que se alimenta con la savia que sorbe de los tallos. Sólo tiene vida en mi cuerpo el tallo erecto. Todo lo demás pesa, duerme. El tallo apunta al cielo, al sol, fototropismo. Es la paja más delicada imaginable. Apenas me toca. ¿Podrá acabarme así? Masajea con los pulgares suavemente la panza de la verga, de abajo a arriba, como empujando lo que debe salir. Es tan parco, tan técnico lo que hace que no me cuesta ignorarlo. Siempre fui solo a pescar. ¿Quién me enseñó a conseguir así la carnada? Tengo un cuchillo sin filo, medio oxidado con el que trabajosamente abro los berberechos, y los mejillones que arranco de las rocas. Pesco roncaderas y algún sargo. Llevo enseres de pesca en una bolsita de tela: la línea, enrollada en una lata, y plomada, boya y anzuelos de repuesto, la tablita para cortar, el cuchillo. Ahora sí que me fui lejos. Puedo medir la distancia por el tiempo que me lleva aterrizar, abrir los ojos, tomar nota de los progresos del especialista. Progresa. Siento ensancharse, ahuecarse los conductos por los que habré de vaciarme. Y un cosquilleo en el casquete del glande. Y contracciones en los músculos del culo, que quieren ayudar a la expulsión. Las reprimo. Calma. Que suba solo. Iba, solo, al último pesquero, al que se internaba más mar adentro. Lo he visto, hace poco, medio derribado por las sudestadas. En la boca redonda de la lata en la que llevo enrollada la línea he clavado, a manera de diámetro, una maderita. Es el mango por el que sostengo el artilugio cuando lanzo la línea. ¿Cómo se llamaba el artilugio? Había una palabra. Busco y rebusco en mi memoria en busca de la palabra, completamente olvidado de lo que pasa allá lejos, en mi pubis. Aparejo. Esa es la palabra para nombrar la lata con su mango y su línea. Ya no siento más el roce de las patas del zancudo sobre mi verga. ¿Será que de tan duro estoy como anestesiado? Entreabro los ojos justo cuando empieza a tironear de la verga hacia sí, con la mano volteada, como si quisiera estirarla. Tironea pacientemente, sin prisas, como se tironea de la teta de una vaca. Se inclina hacia delante y cuando al tironear se la acerca a la boca, saca la lengua corta y afilada y le da

una lamida seca, como de gato, a la boquita del glande. Siento cómo, con cada lengüetazo, la boquita se va abriendo. En algún momento se ha puesto una vincha, de manera que el mechón de pelo rebelde no le caiga sobre la cara. El especialista es preciso, cuidadoso y delicado en todo lo que hace. Parece un enfermero, o un médico. Quizá sea estudiante de medicina. Sus maniobras, me da la impresión, no son las del que ha aprendido en la escuela del vicio, ni de la pasión, ni del sexo mercenario. Cierro los ojos y me abandono, me alejo flotando a la deriva, como la boyita blanca y roja, mi favorita, mecida por el flujo y el reflujo del mar, un día barroso, otro día transparente. Se aleja lentamente del pesquero hasta donde se lo permite la línea, luego regresa y se mete debajo del pesquero hasta donde ya no la veo. Entonces tengo que sacarla del agua, recogiendo, para volver a lanzarla hacia delante, donde queda a la vista, a menos que la tarde ya esté avanzada y los reflejos del sol me la oculten. Allí delante sé que está el hoyo donde el agua se aquieta y los peces se reúnen a comer. Ahora sí, se encienden las alarmas. Ha regresado al meneo, siempre delicado, pero con algo como de decisión en el empuñar más apretado, en el llegar a cubrir completamente el glande. Con la otra mano masajea ahora los huevos, como invitándolos a aliviarse. Entreabro los ojos para mirarlo. Sus labios delgados, tensos, dejan ver los dientes apretados. Sabe que está cerca del remate, lo busca, ha puesto todo su saber en el asunto y ahora quiere un final redondo, impecable. Una mariposa blanca revolotea mar adentro, bogando contra la brisa. Mis ojos están cansados por el reflejo del sol bailoteando en el agua, pero alcanzo a ver que la boya se hunde una, dos veces. Espero. Vuelve a hundirse. Es ahora. La mano se ha detenido. Apenas dos dedos anillan la base del tallo. La vara vibra y el semen brota, tan denso y pesado que no vuela, mana y queda como pegado sobre la piel pulimentada del glande. Vaga sensación de alivio, pero nada más. El especialista, frío y silencioso como un pez en su pecera, entreabre la boca, sus delgados labios se adelgazan aún más y se proyectan hacia delante. Boquea. Ha visto el anzuelo con su carnada y quiere tragárselo. El semen vuelve a brotar. Un gran goterón que, otra vez, ni vuela, ni descende a lo largo del tallo, ni termina por gotear sobre el pubis. Veo todo desde lejos, desde mi pesquero, donde el pez plateado, prendido de mi anzuelo, se retuerce en el aire hostil, fuera del agua, fuera de su paraíso de reflejos dorados. Apenas he sentido más que un brusco alivio, como si aquella verga erecta en medio de mi cuerpo no me perteneciera.

Nada que decir. No hay motivo de queja. Ha sido la paja perfecta. Sin pathos, sin desgaste, impersonal y distante. Caro pero bueno. Lo que uno merece. Recoge el



producto con una toalla húmeda y cubre el glande con el prepucio, con cuidado, como quien arropa a un niño al borde del sueño. Entonces, como si lo hubieran desconectado, el tótem se derrumba suavemente. Después el especialista se disuelve en el aire. No vuelvo a verlo. Me quedo mirando los juegos de luces y sombras en el techo del dormitorio, completamente laxo. En algún momento me levanto y voy a ducharme. Me siento maravillosamente bien. Cero resaca, ingrávido, pero a la vez, decididamente energético.

.....

Soy el tipo de fulano del que las mujeres dicen que es guapo, pero, por si mi humilde habitáculo carnal no impresionara demasiado, cuento siempre con una máquina exclusiva: pocos autos como los que yo elijo se ven por las calles de Montevideo. No es que yo me sienta importante manejándolos, lo que cuenta para mí es lo que sientan los demás al verme: me ahorra explicaciones.

Llego a la oficina, como de costumbre, apenas pasadas las diez de la mañana. Paso todo el día sin el más mínimo sobresalto libidinoso, ni siquiera después de almorzar, a la hora de la modorra. Recibo las vibraciones femeninas sin responder en absoluto. Una seda hasta la noche. Es todo un logro. Normalmente padezco la erección de la hora de la siesta. A veces es tan persistente que hasta que retomo el trabajo, con alguna reunión o entrevista, no cede. Me ha sucedido salir de cacería por la empresa, abotonándome la chaqueta para disimular en lo posible el inconveniente. Me ha sucedido en estos acechos dar con candidatas más que dispuestas a solucionar, con una aquiescencia caritativa y rápida, mi problemita. Dios las bendiga. A dos o tres de ellas las tengo en agenda. Nunca dicen no. Todo esto me ha hecho una pequeña fama. No faltan las sonrisitas torcidas cuando se me ve recorriendo los pasillos.

Ahora me encuentro con que, con una buena faena tempranera, ha bastado. Los años pasan. Ese es el problema. Los años pasan. ¿Y para qué? Con esta calma que he encontrado espero haber comenzado el camino que me llevará a averiguarlo. Todo lo que quiero es sacar a las mujeres de mi mente y de mi vida. No amarlas ni desearlas ni odiarlas. Al menos por un tiempo, el necesario para triunfar o fracasar en mi búsqueda de eso que está ahí esperándome y que intuyo es el verdadero Bien al que hay que aspirar. Quizá esto sería más fácil si me fuera a vivir solo en medio del desierto. Podría hacerlo. Ya soy rico, ya no necesito trabajar para vivir. Pero no: sería peor. Me pasaría lo

que al infeliz de San Antonio. Solo con mi espíritu en medio de la nada me enloquecerían los fantasmas de la peor especie, aquellos a los que no se puede echar mano de ninguna manera. La homeopatía es la mejor solución. Vivir entre ellas pero inmunizándome día a día. Poder mirarlás con indiferencia.

Al llegar a casa al anochecer confirmé por teléfono el mismo servicio, con el mismo especialista. Convencido como me ha dejado de su habilidad, pienso incrementar el estipendio.

.....

He pasado la semana entera maravillosamente. Una especie de calma deliciosa ha descendido sobre mi espíritu. La cosa funciona, absolutamente. El enorme lugar que ocupaba en mi vida observar a las féminas, acecharlas, cortejarlas, seducirlas, soportarlas y despedirlas, está ahora libre, vacante. Sorprendido y maravillado mi espíritu goza y comienza a acostumbrarse a su nueva libertad y a su nueva levedad. La paz va destilando en mi alma una pura lucidez. No quiero presionarme. Quiero gozar de este dulce far niente, de esta ausencia de tensión, de este flotar en la maravilla de cada instante que vivo. Ni siquiera en los sueños me acecha la obsesión de la cópula, como sucedía antes. Así deben de hacer los curas: una paja profiláctica por la mañana y queda el espíritu liberado para cumplir con la feligresía. Siento que el paso principal está dado y que ya no habrá marcha atrás. Claro está, dependo en esto de mi impagable proveedor de servicios. Pero este es su trabajo, y no creo que pueda conseguirse fácilmente un cliente más generoso o más fiel.

En la sesión de hoy recurrí al viejo truco de imaginarme dormitando sobre una balsa que baja a la deriva por un río. Entresueños veía el paisaje siempre cambiante que me ofrecían las orillas del río. En una orilla caseríos dispersos, huertas, un embarcadero con un bote, niños descalzos corriendo para seguirle el paso a la balsa. En la otra una floresta densa y oscura, animales que apenas se dejan ver, bandadas de pajarracos costeros, y luego, de pronto, interminable, un llano árido y desértico. A gran altura un avión plateado y silencioso cruza el azul del cielo. Cosas así. Lo del especialista roza lo milagroso. Apenas le echa encima el aliento, la verga salta, como un perrito amaestrado. Un par de estirones y ya está todo el largo. Cada vez sus manejos son más fáciles y perfectos.

Aún no espero nada, apenas estoy aterrizando, pero cuando llegue el momento ¿qué espero que suceda? Llegar a saber si, en este absurdo fugaz que es la vida humana, hay algo que realmente importe, si más allá de acumular riqueza y poder, y seducir a cuanta mujer se me antoje, hay algo que le dé un sentido superior y trascendente a la existencia. Ese algo no será, por supuesto, ganarme el Reino de los Cielos: lejos de mí las supercherías de esa índole. No será, tampoco, llegar a ser virtuoso: la virtud es la riqueza de los pobres. No será llegar a la paz del espíritu e instalarme en ella como un fin en sí: estoy seguro que no tardaría en resultarme insoportable. No sé qué será. Pero quiero saber si hay algo más, y si, por consiguiente, estoy equivocado en vivir como vivo. Debe haberlo. Porque si no ¿por qué me acosa la pregunta? Pero no debo hacerme ilusiones. Al fin y al cabo, esta insistencia en el preguntarme puede deberse sencillamente a que, viva uno como viva, es imposible sentirse plenamente satisfecho con la propia vida.

.....

Hasta tal punto sentí que estaba blindado, dado el natural efecto acumulativo de la homeopatía, que me pareció que estaría bueno someterme a una prueba de resistencia. En realidad tenía perfectamente presente quién podía ser, a tales efectos, mi conejita de Indias.

Antes de empezar con el tratamiento homeopático había notado la presencia –difícil de ignorar, por lo demás- de una nueva empleada en Contaduría. Era un ser repleto de curvas y ondulante como una sirena. Y hacía todo lo posible por no pasar desapercibida. En realidad, bastaba con verla mostrándose por los pasillos para saber que era una puta en ciernes. Y muy consciente de serlo. Pero ¿y qué? No seré yo quien la critique por eso. Todos somos putos esperando a que se nos acierte con el precio. Y embocarle a uno de los más altos jefes de la empresa no dudo que sería un objetivo por demás apetecible para la muchacha. Razón por la cual me dirigía miradas invitadoras cada vez que nos cruzábamos. Seguramente que había oído hablar de mi fama. La última vez que me había cruzado con ella me había mirado a los ojos y luego, abierta y desvergonzadamente, había deslizado su mirada por mi cuerpo hasta justo por debajo de mi cintura. Seguramente que buscando mi famosa erección de la hora de la siesta.

Su mesa de trabajo está en medio de la enorme sala en la que decenas de auxiliares contables procesan nuestros números nacionales e internacionales. Me detuve delante de

su escritorio con una sonrisa de oreja a oreja. Levantó la cabeza y me miró. Ojos color caramelo. De más está decir que desde varios escritorios a la redonda las miradas convergían sobre nosotros con morbosa expectativa.

-Buenos días, señorita.

-Buenos días, señor.

Boquita carnosa, con forma de corazón. Imposible no sentir cosas, no tener ideas, de sólo mirarla. Me dije que no sería humano de no sentir una mínima cosquilla. Y sin embargo, no la sentía. Inmune como un superhombre.

-¿Sabe quién soy?

-Sí, señor.

-¿Sabe dónde está mi oficina?

-Sí, señor.

-La espero en mi oficina cuando termine lo que está haciendo.

-Sí, señor –dijo y las mejillas se le cubrieron de un intenso rubor, a saber si por un resto de pudor o si de excitación anticipada.

Confieso que en los años que hace que soy quien soy en esta empresa, desde antes que se pusiera de moda la palabra “acoso”, no pocas veces protagonicé intercambios como éste, idénticos diría, palabra más, palabra menos. Nunca me equivoqué de candidata, en lo que, quizá, haya algún mérito mío.

.....

Mi secretaria –que tiene edad para jubilarse pero que ojalá no lo haga nunca porque no sé lo que haría sin ella- introdujo a la Auxiliar Contable en mi oficina. Sabe que hasta que yo abra la puerta no estoy para nadie. La Auxiliar se quedó en silencio junto a la puerta mientras yo fingía que terminaba de revisar papeles. Las manos juntas sobre el pubis, los lentes colgándole del cuello con un cordón, sus ojitos pícaros y ansiosos recorriendo la vastedad de mi sancta sanctorum. Solté una rápida firma al pie del último papel. En el silencio afelpado se oyó clarito el deslizarse de la pluma de oro sobre el papel. La dimensión y el silencio del espacio privado son, en una empresa como esta, atributos esenciales del poder. Finalmente la miré. Desde atrás de mi imponente escritorio le pregunté, con esa amabilidad seca que sé hasta qué punto aterroriza a los subordinados:

-¿Sabe por qué la hice venir?

-No. ¿Quizá he cometido algún error? Es que soy nueva –ronroneó, coqueta y segura de sí, y en los labios le bailó una sonrisa equívoca.

Le sonreí también, como para asegurarle que, de antemano, estábamos entendiéndonos. Imaginé las miradas y los cuchicheos cuando, al terminar lo que había estado haciendo, abandonó su mesa de trabajo, dirigiéndose hacia el pasillo que conduce a los ascensores de uso reservado. No le indiqué que se acercara, quería que sintiera físicamente la distancia que había entre nosotros.

-Verá, señorita... es que tengo que pedirle un pequeño favor –empecé, lentamente, como si me costara decidirme a pedirselo.

-Estoy a sus órdenes, señor –ronroneó, y sus manos se soltaron para apoyarse con los dedos bien abiertos sobre sus muslos, en muda actitud de entrega.

-Se trata de un favor un poco especial... –solté en tono tan relamido como el de un gato convenciendo a un ratón.

-Lo escucho –dijo, deliciosamente aquiescente de antemano.

-Es decir... en realidad se trata de un favor bastante especial... –insistí, vagamente sugestivo.

Masajeó suavemente sus muslos con las palmas de las manos, quizá un poquito nerviosa por mis circunloquios, quizá simplemente ansiosa por ser llamada de una vez a la acción.

-Diría que un favor muy, muy especial –especifiqué, sonriendo malicioso, y con un tono que ya no podía dejarle lugar a dudas.

No se lo dejó.

-Los favores muy, muy especiales no se piden... –ronroneó suavemente, con un mohín gracioso en sus labios carnosos, mirándome recto a los ojos, y dejando la frase sin terminar.

Me sentía como un depredador que olisquea ya su presa, que la siente cercana, que se figura ya lo que será devorar sus delicias, pero que –digamos que por una especie de modorra- no siente aún su cuerpo cargándose de la tensión necesaria para ir a por ella. Hasta aquí, pues, sin reacción alguna, podía considerarme inmunizado. Como test podía considerar lo avanzado como suficiente, pero quise ir más lejos, saber concretamente a partir de qué punto la dosis homeopática resultaría insuficiente.

Empujé mi sillón hacia atrás, alejándolo del escritorio.

-Vení aquí, querida –le ordené, dejándome de cosas.

Estando el ventanal a mis espaldas, la quería lo más cerca posible de la luz dorada de la espléndida tarde de primavera. Se acercó. Rodeó el escritorio, ondulando tan provocativamente como pudo, hasta que estuvo tan cerca que se me llenaron las narinas con sus dulzones olores de mujer.

-Aquí –le indiqué para que se ubicara entre el escritorio y yo.

-¿Aquí? –preguntó con un tonito con el que me quería convencer de cuán ansiosa estaba por complacerme.

-Nadie va a entrar –dije, como si la viera nerviosa por la posibilidad de una irrupción, pero en realidad con la intención de echar un poco más de leña al fuego en el que sin duda quería quemarse.

-¿No? –preguntó como si desconfiara, con la voz enronquecida por las ganas.

-No, nadie –le aseguré.

Nos quedamos mirándonos, gozando del instante previo como sólo saben hacerlo los que han aprendido de la experiencia. Delicias de la inminencia. Adelantó un poco las caderas, hasta que la tela ligera de la falda dejó intuir la prominencia del monte de Venus. Hermoso animal deliciosamente dispuesto. Dios las bendiga, pensé, deslizándome en el dulce embotamiento. Imaginé lamerla a fondo, con toda la lengua. Mi lengua empujó contra los dientes, entusiasmada por la perspectiva. Pero el protagonista principal no daba aún señales de vida: la gimnasia matinal lo dejaba realmente planchado.

-¿Cuál es ese favor tan especial? –ronroneó la Auxiliar Contable.

-Me cuesta pedirte... –si me costaba era en realidad porque mi lengua lo que menos quería era hablar.

-No será para tanto... –insistió, exigente ya.

Solté lo que tenía pensado:

-Tu culo, querida... es fantástico. Me gustaría... verlo.

Abrió la boca como para reírse, sorprendida por el pelotazo.

-¿Ah, sí? –atinó a decir. Seguramente que no tenía previsto tanto caradurismo.

-Sí. Me gustaría... verlo –insistí, como si fuera una exigencia perfectamente razonable.

-Sos bastante atrevido –ronroneó, y comprendí que, apechugando con la sorpresa, empezaba a disfrutar la situación. Sin duda que no le era extraño el registro en el que la invitaba a instalarse.

-Entendeme –le expliqué, perfectamente descarado-, me ha parecido que alguien con un culo como el tuyo, y que lo mueve como vos lo movés, es seguramente alguien muy generoso. De otra manera no me hubiera atrevido a pedírtelo.

Soltó una risita. Sin duda que le gustó mi invocación a la virtud, porque sin más trámite metió ambas manos por debajo de la falda y ondulando, ondulando, zafó la bombacha primero de una pierna y luego de la otra. Se la guardó en un bolsillo, después, despacito, se dio vuelta y levantándose la falda hasta la cintura me mostró su magnífico trasero, redondo, blanco y fascinante como la luna. Sentado como seguía yo, la visión en primer plano era alucinante. Silbé bajito mi admiración.

-¿Satisfecho? –preguntó mirándome por sobre el hombro-. ¿Ya está? ¿Puedo irme ahora? –ronroneó deliciosamente provocadora.

-Es... perfecto –pude decir, con un nudo en la garganta-. Pero quiero ver más. Apoyate en el escritorio y separá un poco las piernas.

Lo hizo, y entonces fue que pude ver el más impresionante de sus variados atributos. Depilada como estaba me ofreció a la vista unos labios mayores abultados y protuberantes al punto de que su vulva parecía un gran fruto maduro, a punto de reventar, de abrirse para ofrecer su pulpa jugosa.

-¡Demonios! –solté entre dientes, sorprendido por el portento.

El ojete, castaño claro, discreto, quizá celoso por el entusiasmo que despertaba su compañera de aventuras, me hizo de pronto una guiñada lenta y profunda. Ese resultó ser el límite de mi indiferencia. Finalmente, el amigo despertó, manifestando sin lugar a dudas su voluntad de entrar en acción. No podía sorprenderme. En algún lugar tenía que estar el límite.

Era el momento de detenerme. Esa también era una prueba, un test: tener la mesa servida, estar preparado para el ataque, y tener la voluntad de no hacerlo, también era testear un límite, el de mi voluntad. Antes de empezar a predicar hay que ser capaz de resistir aún las peores tentaciones. Y esta, sin duda, era una de las peores. Me quedé hundido en mi sillón, contemplando la fantástica redondez, las bocas invitantes, mientras el amigo se endurecía hasta empezar a dolerme de tan duro. Como una caricia me llegó la tibieza, el aliento dulzón de su cuerpo abierto, y luego, uno por uno, los olores profundos, mar y azufre, todo envuelto en un vago aroma herbal de jabón de tocador. De pronto la fruta bomba se abrió y pude ver la mucosa, rojiza y jugosa. El ojete volvió a guiñar y esta vez la vulva toda acompañó la guiñada. Después los labios mayores me parecieron separarse más, hasta mostrar la puerta secreta, y me parecieron

como redondearse, como estirarse, tumefactos, como el hocico de un animalito ciego que busca con qué llenarse la panza. Sintiendo el escándalo en su entrepierna la Auxiliar Contable juntó las piernas y apretó los muslos. Empezó a menear suavemente su portentoso trasero, culeando como si tuviera ya al satisfactor hendiéndola, cuerpo adentro. La verga empezó a cabecear, encabritada, tiesa como para partirse, empujando la tela del pantalón.

-Bueno, ya está –dije, amable y seco-. Le agradezco.

Allá lejos su cabeza giró y su cara apareció por sobre su hombro, con expresión de embotamiento, de recién despierta.

-¿Cómo que ya está? –balbuceó, con las mejillas color fuego y jadeando.

-Sí, es todo. Le estoy muy agradecido.

Se enderezó y se cubrió con la falda, sofocada por el desconcierto.

-Pero mirá cómo estás... –la erección era, por supuesto, inocultable. Levantaba vigorosa y triunfal la tela del pantalón.

Se arrodilló entre mis piernas. Audaz, se inclinó sobre mi vientre y masajeó con el morro la hinchazón amenazante que pugnaba por desgarrar las paredes de su prisión.

-No quiero que hagas eso –dije, terminante.

Me miró a los ojos. Obviamente se preguntaba si mis negativas eran parte del juego. Me vio tan ceñudo que comprendió que no, que eso era todo. Se paró y respiró hondo. La pobre no podía resignarse. Le parecía imposible aquella brusca interrupción de la fiesta. “Putita trepadora” pensé “es todo lo que tengo para vos”, y se me escapó una sonrisa torcida y fugaz. La atrapó al vuelo. Le brillaron los ojitos. Volvió a la carga. Ofreció lo que tenía para ofrecer en la materia que creyó la mía.

-¿Querés que me toque? –preguntó-. ¿Es eso?

-Te lo agradezco –le dije, terminante-, pero es todo.

-A lo mejor te gustaría verme con alguien... –sugirió realmente lanzada, decidida a lo que fuera.

-Ahora andate, por favor.

Aún se quedó unos segundos más mirándome, preguntándose qué hacer. Después se resignó. Se paró y se alejó hacia la puerta, lentamente, moviendo el culo tan putescamente como pudo. Privarme de una fruta semejante me hizo sentir más seguro que nunca de la firmeza de mi decisión. Realmente no había marcha atrás.

Cuando ya tenía la mano sobre el picaporte le dije:

-No me tutees en público.



Se volvió hacia mí como para responderme. Aunque ella estaba en la zona de penumbra de la estancia adiviné su expresión. Estaba furiosa. Pensé que lo que iba a decir de mí cambiaría el perfil de mi persona que circulaba entre los empleados. O quizá preferiría no decir nada, fingir su triunfo. No me importó. Sentí que salía airoso de la prueba. Que, definitivamente, no iba a ser el esclavo de mis demonios toda mi puta vida.

.....

Me siento orgulloso de mi capacidad de auto-disciplinamiento. No es de ahora, siempre fui así. Durante la sesión de paja de hoy no tuve que hacer el menor esfuerzo para mantener el recuerdo del bello trasero de la Auxiliar Contable fuera de la esfera de mi conciencia. Siento que me deslizo hacia la apatía sexual. Como si hubiera cesado en mí el deseo de hembra, o como si nunca lo hubiera experimentado. Una apatía lograda sin cirugía y sin química, a pura homeopatía. Estoy sí, experimentando... ¿cómo decirlo?... una puntita de depresión. Pero es normal. Ya no está en mi vida aquello que la ocupaba toda, y todavía no está en mi vida aquello que vendrá a constituir mi nuevo objetivo. Estoy en zona de transición, de vacío. Precisamente el vacío que deberé llenar con algo mejor que cogerme a cuanta mujer me despierte el morbo, algo por lo que valga la pena vivir al mango, hasta el agotamiento, hasta dejar el alma en eso. Y ese algo no va a ser hacer más dinero, porque sé que no hay nada que valga la pena conseguir teniendo más dinero que el que ya tengo. Y tampoco va a ser luchar por los derechos de los demás, porque nadie mejor que los demás para luchar por sus derechos.

Tengo que ignorar esta puntita de depresión, volver a ir al club, exigirle mucho al físico, para permitir que esta apatía se profundice, se perfeccione, hasta sentir el equilibrio perfecto, la calma absoluta, sentir que en mi espíritu no sopla una sola gota de brisa, que no se hinchan ya mis velas y no empujan la nave de mi vida para donde sople el viento. Estoy seguro que al llegar a ese punto de apatía perfecta, en mi oído va a sonar la palabra justa y voy a saber cuál es el verdadero rumbo.

Paso días enteros sin salir de casa, excepto para ir a la oficina y al club. Puesto que la limpiadora y la cocinera vienen cuando no estoy, en casa sólo veo al especialista, que viene todos los días, incluidos los domingos. Y decir que lo veo es mucho. Apenas registro su presencia fantasmática. Le abro el portón con el control remoto, la puerta de la casa se la dejo sin llave, y lo espero tendido en la cama. No dice, ni digo, una sola

palabra. Ya ni abro los ojos para chequear lo que hace. Hecho lo suyo desaparece, como una sombra, como un fantasma. Ha entendido exactamente de qué se trata conmigo. En realidad, temo que cualquier señal que le dirija, así sea una simple señal de aprobación, pueda introducir el más mínimo cambio en lo que hace, que es perfecto.

Paso, pues, muchas horas solo. Leo. Me parece comprender las peripecias y las angustias humanas como no las había comprendido nunca antes, con espíritu ecuánime, sin juzgarlas. O me tiendo en una reposera en la terraza, a mirar el atardecer, o la noche. Los días van siendo más largos y cálidos. Ya llegaron los primeros colibríes. Pronto voy a poder empezar a usar la piscina. Me duermo temprano. Duermo sin interrupciones, plácidamente, sin sueños que recuerde, hasta que a las ocho suena el despertador. Estoy seguro que los monjes de más severa clausura no alcanzan la paz de espíritu de que gozo yo. Me abandonan todas las tensiones y todas las ansiedades. Me tienta preguntarme si realmente tengo que encontrar ese algo de superior valor. ¿No será que esta apatía es ya el Bien Supremo?

.....

Hoy me crucé con la Auxiliar Contable. Llevaba una pila de carpetas apretándolas contra las tetas. Iba yo distraído, y al encontrármela de sopetón sentí fuerte la onda de su sensualidad. Es cuando estamos distraídos que las cosas nos llegan más intensamente. Hizo como si no me viera, como si fuera yo invisible, transparente como un cristal. Debe estar decepcionada, frustrada en su ambición de alcanzar el estatus de amante de un jerarca, ofendida quizá por mi indiferencia hacia la generosa exhibición que me hizo de sus encantos, hacia su sumisión, su docilidad, su aquiescencia. Calculo que si pudiera se vengaría.

Ahora bien, como dije estoy en una especie de limbo, entre lo que ya fue y lo que no llegó todavía. Esta especie de flotar en la disponibilidad no es buena consejera: sentí el malsano impulso de jugar con el maltrecho orgullo de la muchacha. Abro en mi terminal el archivo de Personal. Anoto su dirección y su teléfono. Según consta vive con su madre. De regreso a casa me desví y paso frente a su domicilio, en el Cordón. Un edificio nuevo y feo. Apartamentos pequeños para empleados de ingresos medios. Cerca de casa me detengo en una florería. Soy cliente y saben ser discretos. Le envío dos rosas rojas con una esquila que sólo dice “Pienso en vos”, sin firma. Entiéndaseme:

ni por un instante me pasó por la mente darle una segunda oportunidad. Sólo quería jugar con ella. Enervarla. Fue una estupidez, lo reconozco.

Al día siguiente, al llegar a la oficina, encontré en el espejo de mi baño privado, escrita con lápiz de labios, con su lápiz de labios, porque ese era sin dudas su color, la palabra “Gracias”. No esperaba, por supuesto, encontrar su respuesta nada menos que ahí. Muy audaz de su parte. Muy astuta. Fue como un guante cruzándome la cara. No podía sino responder a la altura de la circunstancia. La audacia de su respuesta me obligaba a verla con otros ojos. Aunque no hacía una hora que había terminado mi sesión homeopática sentí que una oleada de calor me recorría el cuerpo y me calentaba la cabeza. Touché.

Después del almuerzo le indiqué a mi secretaria que convocara a mi conejita de Indias, discretamente. Minutos después la tengo frente a mí, mal disimulando una sonrisa triunfal. Su travesura había tenido éxito.

-¿Cómo lo hiciste? –le pregunto.

Se encogió de hombros fingiendo modestia.

-Yo entro a las ocho, tu secretaria llega a las nueve, vos llegás a las diez y poco. Y las puertas quedan sin llave.

-¿Y si te veían los de Seguridad?

-Me vieron. En los monitores, supongo. Al salir había un agente en la puerta. Le di los buenos días y me dio los buenos días.

No pude sino sonreír.

-No te falta coraje...

-No, cuando vale la pena no me falta coraje –dijo tranquilamente-. El mundo es de los audaces.

Sabe que esta vez ella tiene la ventaja. Se lo veo en la mirada. Y piensa, sin duda, aprovechar su ventaja.

-¿Entonces? ¿Pensabas en mí? –arremete.

Callo y mi silencio la hace más fuerte.

-¿Qué pensabas?

Hubiera sido injusto cortarle el mambo. Hay que saber perder. Se merece un premio, algo. Al fin y al cabo fui yo el que empezó la movida. Algo, pero no todo, por supuesto. Me resigné a soportar la prueba hasta el final. Todo estaría en acotar mi generosidad lo más posible, y en resistir una vez más, de manera de volver a decepcionarla. Con eso le bastaría y el asunto estaría terminado.

-Pensaba que tenés unas tetas divinas, y que me gustaría verlas.

Sonrió. Había algo de fiero en su sonrisa. Empezó a desabrocharse la blusa.

-Te gustan los jueguitos ¿verdad? –dijo.

Antes de la homeopatía, al verla soltar el primer botón, hubiera yo saltado sobre ella como impulsado por un resorte. Ahora, laxo, apático, la miro hacer. Con deleite, sí, pero sin demasiado entusiasmo. Empujo el sillón hacia atrás, y ella, sensible a las rutinas, sin esperar a que se lo indique, viene a ubicarse entre mis piernas y el escritorio. Abierta la blusa, baja las copas del sutién y me muestra las tetas. Hermosas tetas, abundantes y fuertes, muy blancas, delicadamente veteadas por venas azulinas, con enormes areolas en las que el rosado termina por disolverse en el blanco, y con diminutos pezones puntiagudos. Me mira mirarla, espía mis reacciones, tratando de descifrar el corazón de mis caprichos. Pero la admiración que veía en mis ojos era de índole puramente estética.

-¿Te gustan? –pregunta, en plan sexóloga tratando de diagnosticar el caso y curarlo al mismo tiempo.

Es su pregunta, inocente, melosa y putesca, la que me dispara un cosquilleo en las yemas de los dedos. Mis dedos me exigen tocarle las tetas.

-¿Te gustaría mojarlas? –ronronea.

¿Mojarlas? Trago saliva con dificultad. ¿Qué quiere? ¿que se las chupe o que les acabe encima? Realmente no ha venido en son de paz. Siento cómo se me calientan las mejillas.

-¿Querés que me arrodille, y me las mojás?

Me presiona con dulzura, como se hace con alguien frágil, indeciso, o, en todo caso, inestable: con alguien que no sabe lo que quiere. Está decidida a no fracasar esta vez. Avanza cautelosa pero firme. No puedo evitar imaginarme soltando lo mío sobre sus maravillosas tetas. La imagino juntándolas, apretándolas para recibir el chijete y conservarlo ahí, acunado. Aun sin alcanzar la erección, para mi sorpresa una cierta desazón me dice que tengo perdido el juego, o, por lo menos, que los límites de los que me he sentido orgulloso, van a quedar modificados.

-Quiero que te las toques –le digo, batiéndome en retirada, decidido a mantener alguna distancia, a resistir en la última trinchera.

Se sostiene las tetas sobre las palmas de las manos y acaricia los piquitos con los pulgares, comprobando que están erectos. Mira lo que se hace. Después cierra los ojos y su respiración se agita. Menea apenas las caderas. Cubre las grandes areolas con las palmas de las manos y las estruja. Atrapa los pezones entre el pulgar y el índice y los

retuerce. Se mira hacerlo como si esas manos malvadas tuvieran vida propia. Retuerce más y más, gime y aprieta los muslos. El meneo de sus caderas adopta la cadencia de la cópula, como si ya tuviera dentro lo que tanto desea. Decididamente conmigo la Auxiliar Contable está condenada al delicado placer de las vergas imaginarias. Tiene las tetas demasiado grandes para sus manos. Las toma desde los costados y las oprime, como para sacarles su jugo. De pronto me mira, con tal expresión que pensé que iba a saltarme encima. Su mirada pasa de mis ojos a mi vientre.

-Mirá cómo estás –me dice en tono acusador, como si me hubiera pillado in fraganti..

¿Cómo estoy? Totalmente en erección, con la verga empujando una y otra vez contra la tela del pantalón. Al borde del abismo, digamos.

-Déjame tocarla –pide retorciéndose los pezones, ella también al borde del abismo. Niego bruscamente con la cabeza.

-Por favor –insiste frotándose las tetas una contra la otra, como si se hicieran el amor.

Lentamente, como atraído por un imán, avanza mi cuerpo hasta que estoy sentado en el borde del sillón. Me le voy a echar encima. Ella se inclina hacia mí acercándose las tetas. Me penetra hasta el centro del cerebro el aroma dulzón de sus tetas.

-No –digo con el último resto de resistencia y vuelvo a recostarme en el sillón.

Su mano derecha ha emigrado cuerpo abajo, ha levantado la falda y se ha metido debajo de la bombacha, rumbo a la entrepierna. Mientras la mano izquierda va de una teta a la otra, apretando y pellizcando la derecha claramente se ha deslizado hasta el fondo y masajea vigorosamente todo lo que encuentra.

-Déjame verla, por lo menos –exige entre dientes.

Me niego en silencio otra vez. En algún lugar tiene que estar el límite. No puede ser que mis propósitos se vayan a la mierda tan fácilmente. No es un juego esto para mí. En esto me va la vida, el sentido de mi vida. Pero no se le niega tan poco a quien está como ella. Abro el pantalón y le muestro la verga, dura, cabeceando con fuerza, como si se asfixiara, como si el aire le hiciera mal. Siento cómo sube el semen por el tallo.

-Mostrame la cabeza –gruñe, aporreándose con ambas manos, cabalgando descontrolada la verga de sus dedos.

De ninguna manera voy a tocarla. Explotaría. Como obedeciéndole por su cuenta la verga parece estirarse más y más con cada cabeceo, hasta que el prepucio retrocede solo. Atacada a fondo por sus dos manos implacables la Auxiliar mira la cabeza roja y espléndida, se babea, cierra los ojos, aprieta los muslos y acaba, sacudiéndose y

soltando una especie de risa que es a la vez un sollozo de placer. Entonces ocurre. Mi verga se dispara sola, sin que yo ni siquiera la roce. Cabecea con fuerza, como queriendo alcanzar y conservar una imposible verticalidad, y se dispara. Vuela, ahora sí, el semen y me cae sobre la corbata, y después sobre la camisa, y finalmente sobre la pretina del pantalón. Condicionado mentalmente como estoy para no gozarlo, para padecerlo como una derrota, miro la erupción, impávido, atrincherado en la única veta de apatía que me va quedando, la de la mente.

La Auxiliar, temblando, abrazándose las tetas me mira y mira el desastre que me he hecho en la ropa, exhausta, pero también atónita. Obviamente -se le ve en la cara- juzga pura demencia y/o perversión mi demoníaca impavidez. Sacude lentamente la cabeza, incrédula.

-Increíble –jadea suavemente.

La miro. Quién sabe con qué cara. De loco, supongo. No digo nada.

-¿Qué sos? ¿Una especie de faquir? –pregunta finalmente, empezando a acomodarse la ropa.

-Andate ahora –le digo, aplacado y distante, disgustado por el trámite que ha tenido la prueba. La derrota me ha dejado con una sensación que cada vez más se parece al hastío.

-¿Querés que te limpie la ropa? –pregunta abotonándose la blusa.

-No, gracias. Andate –le digo.

Obedece. Por lo menos esta vez no se ha ido furiosa. Se va sin chistar, quizá contenta porque ha llevado nuestra relación –si puede decirse así- un paso más adelante. Lo que es seguro es que se ha ido completamente desconcertada. El enigma del jerarca cogelón que ahora ya no coge, se le ha profundizado.

Me cambio en el baño. Tengo en la oficina un par de trajes para cambiarme, por si acaso esto o aquello. Todavía estaba el “Gracias” en el espejo del baño. Me pareció como si me agradeciera ahora, burlón, el polvo al aire.

.....

## II

Corté el servicio, por supuesto. A la mierda homeopatía, a la mierda la apatía, a la mierda todo. No es que la idea fuera incorrecta, es que la dosis, aún a mi edad, no era suficiente, y no pienso incrementar la dosis. Todo tiene un límite. Me siento, claro está, derrotado, y no sé qué hacer. Soy el esclavo del parásito que me cuelga entre las piernas y que me exige todo el tiempo novedades. Por momentos me siento como aquel que decía que no era él el estrangulador, que eran sus manos las que estrangulaban.

Es necesario pensar todo de vuelta, desde cero. ¿Qué es esencialmente lo que busco? No ser sacudido hasta lo profundo de mi ser varias veces al día al cruzarme con perfectas extrañas —o no tanto a veces— que me suscitan el invencible deseo de volteármelas, porque si eso sucede, si sufro cada día toda una serie de sacudidas libidinosas, me las volteo o no —y obviamente que a todas es impensable—, si eso sucede, digo, no tengo energía para dedicarle a nada más, y eso es grave en la medida en que todo el tiempo tengo la sensación, y cada vez la tengo más intensamente, de que estoy dejando pasar la cosa o las cosas más importantes de la vida de un hombre —de ese plazo absurdamente breve que es la vida de un hombre—, precisamente aquellas cosas que un hombre no se debe perder, aquellas que le dan sentido a la vida y/o aquellas para las cuales estaba destinado, predestinado, y es particularmente grave porque ya no soy aquel potrillo que tenía toda la vida por delante, y mis plazos comienzan a vencerse, ineluctablemente, razón por la cual, probablemente, el tema se me ha vuelto acuciante. Que ya no sea un potrillo es, sin duda, una ventaja en el proyecto de cepillarme de encima el furor pasional que me despiertan las mujeres —¡confieso que hasta que me las volteo creo sinceramente estar enamorado de ellas!—, pero tampoco se trata de resignarme a pensar que cuanto menos potrillo sea más seguramente voy a lograr mi objetivo liberador, en primer lugar porque nadie tiene garantizado el poder disponer de su futuro, y en segundo lugar porque lograr esa cosa o esas cosas tan importantes, a las que aspiro sin saber aún en qué consisten, me va a demandar energía, quién sabe cuánta, y con el pasar de los años el potrillo perderá vigor sexual, pero junto con esa todas las demás energías también se van por el desagadero, hasta que quedamos hechos plantas, si es que tenemos esa suerte, y ya no servimos para nada, excepto, probablemente, para

seguir deseando a las perfectas extrañas con las que nos cruzamos, sólo que ahora en silla de ruedas y al santo pedo.

En cuanto al método, repasemos: la homeopatía no resultó; la castración –quirúrgica o química- queda excluida; el matrimonio es la peor de las opciones; el desierto nunca le sirvió a nadie de este mundo; atosigarse de trabajo, no tener espacio para tentaciones no me sirve precisamente porque de lo que se trata es de tener tiempo para mi deseo de trascendencia. ¿Entonces? Nada. Que en realidad sólo hay dos opciones. Una, dejarme de joder y seguir siendo un mujeriego compulsivo. La otra, seguir luchando por cambiar, sin más recursos que la fuerza de mi decisión. Si inclino el fiel de la balanza hacia una de las opciones, la otra se niega a darse por vencida, traba las mandíbulas sobre lo que puede y tironea con tal fuerza que terminarán entre ambas por hacerme trizas. ¿Entonces? ¿Qué debo hacer? La lógica habla: si solo no puedo vencer a mi enemigo debo buscarme un aliado suficientemente poderoso para decidir la contienda. Pero ¿qué, o quién podría ser ese aliado? De drogas ni hablar: de lo que se trata es de poner a mi plenitud como ser humano –y no a un fantoche a cuerda- al servicio de alcanzar el bien supremo. ¿La meditación, la filosofía, el yoga? Olvidalo: el odor di femmina se ríe de los dedos con los que se intenta ocultar el sol.

.....

Pasé el fin de semana encerrado en casa dándole vueltas a la cuestión del aliado necesario. Sólo salí el sábado de noche, a un concierto de música de cámara. Una fantástica hembra, elegante, sensual, altiva me pone como loco en el interludio. Aparentemente está sola. Dudoso: ¿cómo semejante maravilla podría ir sola a un concierto un sábado de noche? Bueno... yo también estoy solo, y ciertamente que no soy un macho descartable. Estoy a punto de acercarme a hablarle, sin excusa alguna, confiando en lo que no me faltó nunca, cuando un tipo se la lleva del brazo. Conozco a ese tipo. Huele a dinero, pero a dinero sucio. Quiero decir... en fin, ya se me entiende. Por supuesto que todo el dinero huele a sucio si se tiene buen olfato. Los sigo. Abandonan el teatro. El chofer les abre la puerta de la nave espacial, desaparecen. Memorizo la placa. Maldigo por lo bajo. Me repito un par de miles de veces que quiero a esa mujer. Ya volveré a tropezar con ella. No puedo olvidar su mirada, sus ojos de fuego, que apenas se cruzaron con los míos, incinerándome. Vuelvo a la sala. Recomienza la música, pero ni la oigo. Quiero a esa mujer... o, por lo menos... a esa



rubiecita que está sentada tres filas más adelante y que gira apenas la cabeza para mirarme de reojo, dándome oportunidad para apreciar la belleza de su perfil. El asiento de junto al suyo no está ocupado. A punto estoy de arriesgar el enroque cuando un tipo alto y canoso ocupa el asiento. Ella lo esperaba. Apoya la cabeza sobre su hombro. La muy putita...

.....

Por supuesto, en el fondo de la desesperación y de la impotencia siempre yace la tentación de hacer de cuenta que en realidad el problema no existe, que es un falso problema. Porque, de dónde, cuándo, cómo recogí yo la noción de que existe en la vida algo de suprema importancia que uno debe alcanzar porque sin eso la vida sería un fracaso, la noción de que dedicarme obsesivamente a olisquear perras en celo sería desperdiciar mi existencia. Padezco, entonces, un rato de entusiasmo: creo haber cortado el nudo gordiano. Eso es: había caído en una trampa destinada a amargarme inútilmente. ¡Ea! imbécil, despiértate, déjate llevar, dedícate en paz al más gozoso de los regalos: la fruición sexual. ¿Qué momento más sublime que el de someter a una zorra santurrona? ¿Qué mayor premio en la vida que disfrutar de los servicios de la zorra reina, aquella detrás de la que todos corren sin suerte? ¿Qué mayor delicia que gozar de una zorra silvestre, aquella que perdida en la multitud ni siquiera imagina el valor de sus encantos?

Pero el entusiasmo duró poco. No tardo en recaer. Sí, hay algo más. Sí, hay otra cosa, más importante. Y de ninguna manera puedo ignorarla, de ninguna manera puedo perdérmela. Y ni sé ni me importa tres carajos de dónde ni cuándo llegué a esa convicción de que hay algo más. Debe ser una especie de idea innata que, cuando uno en la vida se está yendo al carajo se enciende, se activa y da la alarma, por si fuera el caso de que uno sea capaz de reaccionar a tiempo. Pero... si en realidad se trata de una idea innata, todos la tenemos por igual... ¿Entonces? Entonces el aliado que tengo que encontrar es... alguien que haya padecido el dilema que yo padezco y que haya encontrado el camino y pueda enseñármelo.

Muy bien. Eso es algo. Me conformé. A algo llegué en este fin de semana infernal. Pero ¿de dónde voy a sacar a ese alguien? No de Adictos Anónimos, por supuesto. Ni de la canalla de los gurúes. Ni de la canalla médica. No hay dónde ir a buscar a ese

alguien. Va a tener que salir del azar, del puro azar: el viento sopla donde quiere, esperemos que sople para mi lado.

.....

El lunes, al llegar a la oficina, encuentro apoyado contra el espejo del baño un DVD en un sobre de papel. No tiene etiqueta ni indicación alguna. Obviamente que ella lo ha dejado ahí. En el fondo me gusta su actitud: se juega a fondo, arriesga. Las féminas en general, sea por comodidad o por cálculo, le dejan a uno la iniciativa, asumir los riesgos. Juegan de contragolpe. Ella no: ella toma la iniciativa. Hay orgullo en eso, amor propio. El que no arriesga no gana. El mundo es de los audaces. Etc. Y de lo que se trata aquí es del premio mayor: ser la amante de un jerarca. En realidad todo esto lo pienso ahora. En el momento me enfurecí. Pensé en bajar a Contaduría y tirárselo sobre el escritorio. Absurdo, por supuesto. Pura respuesta de calentón que se cree por encima de todos, intocable. Después pensé en ir a Seguridad y reprender a los responsables por la impunidad de que goza la Auxiliar Contable fantasmática. Ambas reacciones, por supuesto, no llevarían más que a escandaletes inútiles, innecesarios.

Después, ya aplacado, me pregunté qué habría en el disco. Pensé en pedir un lector y un monitor para verlo. Pero no. La agenda de ese lunes estaba plagada de reuniones de trabajo, hasta en la hora del almuerzo. Deslicé el DVD en el bolsillo de mi chaqueta y lo olvidé hasta que llegué a casa.

No me pregunté en todo el día qué podía contener el disco, o sea: qué podía ser lo que la Auxiliar Contable quería mostrarme. Adivinar lo que hacen o piensan los demás es algo que nunca hago. Las personas que conozco me resultan transparentes, no tengo que adivinar. Y las que no conozco las tengo a priori por imprevisibles -por pereza, o por no correr el riesgo de equivocarme. ¿Conozco acaso a la Auxiliar? De ella sólo sé que es ambiciosa, audaz, y que ignora minuciosamente qué demonios pueda ser el pudor. Si me hubiera molestado en atar estos cabos hubiera podido llegar a una cierta idea de lo que podía esperarme.

Lo primero que veo es el rostro de la Auxiliar Contable, muy cerca del lente de la cámara –una camarita de bolsillo, la del celular quizá. La ha encendido y la orienta, luego sonrío –me sonrío- con picardía, y me lanza un beso con la punta de los dedos. Cuando retrocede veo que está totalmente desnuda, y que está en un dormitorio. Se tiende en la cama, de una plaza, que la cámara encuadra casi por entero. Abre su cabello

en abanico sobre la almohada. Es la hembra que, en su total desnudez, se adorna para el macho al que espera. El fulano, desnudo también, y empalmado, no tarda en entrar en cuadro. Dado el encuadre no le veo la cabeza. Tampoco le veo los pies, ocultos por la cama. El calibre de la verga que presenta, enhiesta, se aproxima bastante al de las llamadas “vergas asesinas”. No le envidio el tamaño sencillamente porque soy incapaz de envidiar el tamaño de un pene. La experiencia me ha convencido de que el mío tiene el tamaño ideal. La Auxiliar abre un poco las piernas y se acaricia la gata. Habla: la veo mover los labios, pero la grabación está hecha sin sonido. Lástima. El tipo se masajea el largo. Como quien afila el facón. Quizá le dice algo. Ella responde. Detengo la imagen.

¿Me envía un video en el que la veo cogiendo con un fulano equis? ¿Por qué? ¿Para vengarse? Quedo trabado. No me entra en la cabeza que mi actitud de no tocarla la haya enfurecido, la haya sacado de quicio al punto de pergeñar semejante venganza.

Absurdo. Sobre todo porque consumando esta supuesta venganza, este desplante ¡se pone en mis manos! Si yo hiciera circular este video la incendiaría. Tendría que irse de la empresa. Acerco una botella de whisky, me sirvo un vaso generoso y le doy al play. La Auxiliar se semi-incorpora apoyándose sobre un codo, con la otra mano toma el miembro anónimo y se lo lleva a la boca. Aunque me da la espalda el meneo tranquilo de su torso me indica inequívocamente de qué va la cosa. El tipo termina por retirarle el juguete. La Auxiliar se tiende nuevamente y abre las piernas. Se moja dos dedos en la lengua y se acaricia la gata. El tipo se coloca entre sus piernas. Entonces veo que tiene puesta una gorra de beisbolista, y medias blancas deportivas, casi hasta las rodillas.

¡Vaya un imbécil! El tipo emboca el instrumento. La Auxiliar dobla el cuello para verlo hacer. Pienso “Esta película ya la vi” y estoy a punto de apagar el reproductor. Pienso que enviarme el disco fue un acto grotesco e imbécil y no tengo por qué colgarme de su grosería y su imbecilidad. Pero, en todo caso ¿no fue grosero por mi parte imponerle la función de stripper? ¿no fue abusiva mi actitud? Una cosa es que ella sea una putita y otra que yo la trate como tal ¿o no? Cuando el beisbolista la ensarta –y al parecer le cabe todo el largo- ella le echa los brazos al cuello y se prende de sus labios en un beso que no sabría describir sin utilizar la palabra “furioso”. Evidentemente que el tipo no es alguien a quien levantó en cualquier esquina, sino alguien con quien tiene un rollo, un rollazo diría: su novio seguramente. Ella actúa como si hubiera olvidado completamente que la cámara está funcionando. No me dirige una sola mirada. Quizá el beisbolista no sabe que están dando espectáculo, y no quiere generarle sospechas. El tipo no debe de importarle en todo caso demasiado si hace algo así. Y sin embargo... no sólo el beso es

furioso, el polvo todo es furioso. ¿A qué viene tanto fuego si el tipo no le importa demasiado? Es fogosa... sí, me quiere mostrar cuán fogosa es... o más exactamente: puesto que me tiene en la posición del espectador, me quiere dar un espectáculo que valga la pena ver. ¿Y eso es vengarse? La intensidad del combate termina con el enredo de mis especulaciones. La cogida es de campeonato. La Auxiliar se toca las tetas con las rodillas para no perderse ni un centímetro de verga. El beisbolista arremete como si la creyera de goma. Ella se agarra de los barrotes de la cabecera de la cama, dispuesta a resistir a pie firme los empeños del beisbolista. Acomoda y reacomoda una y otra vez la concha, con verdadera fruición, buscando el mejor ángulo para engullir tanto como pueda su presa. Abre la boca, grita visiblemente, tan fuerte que me parece oírla. Después se afloja completamente, devastada. Eso es lo que se llama echarse un polvo. No puedo reprimirme un sentimiento de simpatía por una mina que va al frente como va esta, y que se echa polvos como este. El beisbolista se ha retirado, enhiesta la verga, y espera, respetuoso, sentado sobre sus talones, que la mujer dé señales de vida.

Finalmente ella regresa de su viaje, hablan, ríen, juegan, tironeo va, tironeo viene, el beisbolista la va poniendo en cuatro, le va levantando la cola. La penetra desde atrás, tomándola de las caderas. Se la coge sin apuros, haciéndola sentir morosamente todo el largo. La Auxiliar Contable va reaccionando. No hay mina sana, por más polvo que acabara de echarse, que aguante semejante tratamiento mucho rato. Y el tipo realmente no tiene mucho apuro. Ella empieza a responder a los blandos puntazos. El tipo es un relojito. La Auxiliar se agita, culea cada vez más fuerte, hasta que ya no puede responder. Se agarra de algo que por lo menos le permita mantener fijo el centro de placer: los barrotes de la cabecera de la cama. Entonces el beisbolista la toma del pelo poniéndola a mirar el cielorraso, y acelera la cogida. La Auxiliar se zarandea como un velero en la tormenta. Lanza gritos hacia el techo. Empieza a acabar. El beisbolista, que sabe muy bien cuándo es suficiente, saca el vergón en el momento mismo en que su emisión estalla. Veo, o adivino, o imagino —porque la definición de la imagen es pobre— el semen en el pelo de la Auxiliar, luego en su espalda. La pobre desgraciada ha vuelto a derrumbarse, clavando la frente en la almohada. El tipo le azota las nalgas con el vergajo, como si quisiera desobturarlo de un último goterón que se le ha quedado atascado, cultor de la higiene, decidido a que no le quede en los conductos ni una sola gota, no sea que se le vaya a pudrir ahí dentro. Se tienden en la cama, él abrazándola desde la espalda, llenándose las manos con las tetas, estrujándoselas con fuerza, aunque la bendita ya no da señales de vida. Recién ahora le veo la cara al tipo: cara de turro, de

patán. Barbita de candado. Debe de manejar un camión de reparto, o algo así. De pronto la Auxiliar Contable salta de la cama, como empujada por un resorte, con gran alboroto de tetas. Se acerca a la cámara. Me parece evidente que, en el fragor del polvo, había olvidado completamente mi presencia virtual, y ahora, a punto de ceder a la modorra, me ha recordado. Su rostro al acercarse ya no me muestra aquella sonrisa pícara del comienzo. Tiene cara de zombie, embrutecida por el par de polvos que se ha echado. No apaga la cámara de inmediato, sino que primero enciende un cigarrillo, seguramente para disimular el haberse parado. Después mira directo al lente, o sea: me mira a los ojos, frunce los labios echándome un beso verdaderamente putesco, y apaga la cámara. Me encanta esa capacidad -sin límite, aprovechando cualquier resquicio, por ínfimo que sea- de engañar y de ser falsas que tienen las mujeres.

.....

El regalito de la Auxiliar Contable me ha dejado perturbado y desconcertado. No puedo negar la empatía que empezó a ganarme una vez que dejé de preguntarme qué demonios era aquello. Un señor polvo es un señor polvo. Aplausos. Y la audacia, aunque sea exagerada, en estos asuntos galantes también merece siempre un aplauso. No sólo graba a su padrillo en plena faena sin decirle nada, además me envía la grabación. Eso es audacia, o estupidez ilimitada. Se juega el todo por el todo. No se puede ser más ambicioso. Si yo pusiera esta grabación a circular por Contaduría... Y si yo le mandara una copia al beisbolista... seguro que le rompería un par de costillas.

Pero ella sabe que yo no haría ni lo uno ni lo otro. Es necesario partir de esa base: si me envió el DVD es porque sabe, o cree saber, que yo no haría ni lo uno ni lo otro. Y si sabe o cree saber, es porque, o bien es una estúpida total, y por consiguiente puede creer cualquier cosa que se le ocurra creer, o bien tiene un inestimable don para intuir el comportamiento de las personas. Analicemos, pues, su intuición: si me envía el DVD es porque cree que con este presente -específicamente con este presente-, conquistará, digamos, mi amor -o algo de valor más o menos equivalente. ¿Se equivoca? Ahí está la cuestión. Si efectivamente tiene ese don de intuición de la conducta, así como acertó que yo no difundiría su video, debería de acertar también en que con ese video me conquistará. En cambio, si su convicción de que yo no difundiría el video se debió a su completa estupidez, con más razón se podrá cargar en la cuenta de su estupidez la idea de que el tal video habrá de enamorarme -o cosa similar- de ella.

Quizá porque en el proceso de estos razonamientos he bebido algún trago de más, mi conclusión, muy salomónica, es que no la conozco lo suficiente como para saber si la mueve la estupidez o la intuición genial, y que no me conozco a mí mismo lo suficiente como para saber en este momento, ahora mismo, si difundiré sus hazañas sexuales o me enamoraré de ella.

.....

¡Ímproba tarea llegar a conocerse a sí mismo! Tarea que nos parece vasta y que pronto descubrimos inabarcable. Nadie se conoce, y a nadie conocemos. No da la vida para terminar de desbrozar la jungla de fantasmas y llegar a pisar en tierra firme. Creemos conocer y conocernos porque, frente al abismo de sí mismo y del otro, optamos por adecuar y adecuarnos a algún esquema al uso que le sirva a los demás y a uno mismo para guiarse a los efectos prácticos de evitar el caos comunicacional. Sin las ficciones de conocer y conocerse nada sería posible. Pero en realidad somos abismo y pendemos de un hilo sobre nuestro abismo.

En lo referente al disco decidí no hacer nada, ni devolvérselo, ni hablar con ella, ni mostrárselo a nadie. Tampoco me decidí a indicarle a mi secretaria que cierre la oficina con llave al irse. Me da curiosidad saber qué más está dispuesta a hacer. ¿Sólo curiosidad me dejó el video? Repaso mentalmente las imágenes tratando de verlas y de observar mi reacción con total objetividad. Me impresiona la agresividad sexual de la Auxiliar Contable, la manera decidida, casi feroz con que va en busca de su polvo. Ella no se deja coger. Ella coge. Usa la concha como si fuera una pija, como si fuera el beisbolista el que tuviera concha. Sé que es medio absurdo ponerlo en esos términos, pero son los que se me ocurren. Las mujeres, dice su actitud, somos más fuertes, somos insaciables, infatigables. Engullimos al macho, le sacamos el jugo, y que pase el siguiente. En realidad no me gusta esa actitud, la mujer predadora, la cazadora. Yo soy el cazador y la mujer es la presa. Me contradigo: antes había tenido el impulso de aplaudir su audacia. ¿Entonces?

.....

Han pasado un par de días y no da señales de vida. Yo, por supuesto, no me aparezco por Contaduría. Ni deambulo por los pasillos. Mejor así. ¿Por qué mejor así? ¿Cuánto

hace que no cojo? Bastaría silbarle para, sin el menor esfuerzo, echarme el polvo del retorno a las andadas. Pero no. ¿Por qué no? Nunca me cogí a una mujer a la que viera primero cogiendo con otro. Extraña respuesta, que me he dado espontáneamente, sin pensarlo dos veces. El hecho de haberla visto cogiendo con otro evidentemente hace para mí alguna diferencia. Porque a ponerle los cuernos a mis congéneres nunca, que yo recuerde, le hice asquitos –antes bien al contrario... si se me permite la grosería. Casi todas las mujeres que me cojo o tienen novio o tienen prometido o tienen marido o tienen amante y casi seguramente han cogido con ellos en las últimas 24 o 48 horas, porque para eso están buenas y por eso les he echado el ojo. Sí, claro, pero no las vi hacerlo. Absurdo. ¿Acaso por verla cogiendo la Auxiliar Contable ha quedado para mí comoapestada? Absurdo, repito. Ella merece, aunque más no sea por obcecada y corajuda. Recuerdo que de chiquilín, cuando apenas empezaba a interesarme en el tema de las noviecitas, me preguntaba si a las chicas se les notaría de alguna manera cuando ya han sido besadas en los labios. Si les quedaría una marca, o si los labios les cambiarían de color o de forma. Me quedaba mirando las bocas de todas las que se me cruzaban. Eran ideas de pureza, anhelos de pureza, resabios de una educación catolicon. A esa curiosidad subyacía la idea de que no sería mi novia una que ya había sido besada. Ahora, porque –gracias a sus propios oficios- la he visto cogiendo, esta mujer se convertiría para mí en una intocable. Extraña idea. ¡Con qué oscuros materiales están forjados nuestros caprichos más íntimos!

.....

¿Cuál sería la naturaleza de un Bien al que se pudiera llamar Supremo? Sin darme cuenta he ido cayendo en esta expresión, “Bien Supremo”, sólidamente enclavada sobre sus mayúsculas, para nombrar ese algo que no sé qué es y que debo supuestamente alcanzar para darle sentido a mi existencia. Es, por supuesto, una expresión de uso en ciertos contextos y con una larga historia. Dejemos de lado sus significados. No voy a posar de filólogo ni de historiador de las ideas. Me da la impresión de que, al utilizar esa expresión –el “bien supremo”-, *otra cosa, vagamente prestigiosa y solemne, va sustituyendo al verdadero objeto de mi angustia*, al que por falta de saber en qué consiste he estado llamando una y otra vez simplemente “algo”. Sustituye, se pone en su lugar, con su carga de valores asociados. Bien Supremo, Ser Supremo, Placer Supremo, Suprematismo, Suprême de Pollo, Suprema Corte, Supremacía Alienígena. Me parece

que a ese algo que no sé qué es tengo que buscarlo sin querer nombrarlo, sin designarlo ni calificarlo, para así evitar la conspiración de las palabras.

.....

Mientras tomaba mis recaudos contra la conspiración de las palabras, la Auxiliar Contable preparaba un nuevo capítulo de la conspiración de las imágenes. La mañana siguiente tuve un nuevo DVD frente al espejo del baño. Se podría tipificar como impertinencia y acoso sexual. Me pregunté si no sería una copia del video anterior. Quizá, por falta de respuesta, ha temido que el primer envío no hubiera llegado a destino. En realidad, si así hubiera sido, ya se habría enterado, porque —cayera en las manos de quien cayera— el escándalo habría estallado. A mediodía no pude más con la curiosidad. Cancelé las citas de la tarde y me fui para casa. No era el mismo video. Era otro. No un dueto sino un solo.

Es el mismo dormitorio. La cámara ahora está puesta a los pies de la cama, apuntando hacia la cabecera. Entra la Auxiliar Contable, desnuda, trae el cabello mojado, como si acabara de bañarse. Se sienta con la espalda contra la cabecera. Abre las piernas mostrándome la concha. Ha puesto una luz detrás de la cámara, de modo que sus tesoros no se pierdan en las sombras. Otra vez me deslumbra el espectáculo. Nunca vi una vulva tan abultada. No es una hendidura sino un aparato, un hocico, una cosa que le sirve para coger, para devorar, así como los machitos tenemos esta cosa que sirve para clavarla hasta el alma de quien se deje. Recoge las rodillas y acomoda las caderas de modo de permitirme total visión. Abre cuanto puede las piernas, de modo que sus fantásticos labios mayores se abren también, dejándome entrever la mucosa.

Después, muy concentrada, utilizando las yemas de los diez dedos, abre completamente la flor. La exhibición tiene algo de disección anatómica. Completada la maniobra me mira y me sonríe. Me mira un rato largo, tan intensamente que, como la mirada de una serpiente, me inmoviliza. Le sostengo la mirada, cuidadoso de mi expresión, conteniéndome, como si la tuviera delante no en efigie sino en persona. Finalmente se recuesta, adelanta más el pubis, como para mostrarme más profundamente su concha. Dados el cuidado que pone y el esfuerzo que hace por mostrármela, termina por darme la impresión de que algo va a salir de ahí dentro. Me quedo mirando la vulva pelada, esperando, al acecho.



La acción comienza. Con una mano se acaricia las tetas, con el dedo medio de la otra se masajea el capuchón, que adivino rechoncho. Une las plantas de los pies y sus caderas comienzan un suave meneo. Su sexo boquea, la boquita parece hablarme, pero en la grabación no hay sonido. Ondulando, su sexo se abre y se abre, exigiendo ser ocupado, o como si fuera a parir. Sus caderas se entregan al ritmo que les impone la verga imaginaria. El orificio aúlla su grito mudo “¡Dame esa puta pija ya mismo!”.

Un poco poeta a mis horas me doy cuenta de que su cuerpo me está hablando. La Auxiliar Contable me dice cosas con su cuerpo. Un lenguaje sin sonido, de puras señas, como el de los sordos. Me dice hasta qué punto está desesperada por tenerme dentro, hasta qué punto sus entrañas desean mi intrusión. Es una desesperación densa, como para cortarla con un cuchillo. Le duele que no me la coja. Putilla ambiciosa que cree que con el espectáculo de su desesperación genital va a conseguir de mí todo lo que espera. Eso pienso. Y a la vez pienso que a alguien que habla con un lenguaje tan duro, tan inapelable, tan a los gritos, no se le puede negar un tan insignificante consuelo.

De pronto tiene en la mano una cartulina como de 20 por 20. Seguramente la tenía sobre la cama o sobre la mesa de luz, y la ha tomado mientras me distraía con el lenguaje mudo de su concha. Mira la cartulina. Debe de ser una foto. El dedo corazón abandona el clítoris y se desliza por la mucosa expuesta, cueva adentro. Rebusca dentro, en lo profundo. Después me muestra la foto. Soy yo. Yo mirándome. Es una ampliación de la foto mía que aparece en la página web del Consejo de Administración. Nada más inexpresivo y protocolar que esa foto. ¡No puede pajearse con eso! Pero sí, lo hace. Literalmente lo hace, porque lleva la foto a su entrepierna, la frota contra su entrepierna. En efigie le estoy chupando la concha. Cierra los ojos, vuelta a pellizcarse los pezones. Ondula y se encrespa. Se tensa y se retuerce, da conchazos al aire, se hunde la cartulina entre los labios de la concha, se quiebra, se cierra sobre sí, en ovillo, apretando mi efigie entre sus muslos y recogiendo las piernas, hasta apaciguarse y mecarse débilmente, hasta la completa inmovilidad. Tan quieta que parece dormida. Pero no, se semi-incorpora y me mira, directo a los ojos, como si hubiera realizado todo este mostrarse hasta los huesos conmigo ahí, sentado a los pies de la cama. Me mira seria, ceñuda, angustiada quizá, jadea un poco todavía. Entiendo la mirada. Me pregunta qué más quiero. Me dice que puedo hacer con ella lo que quiera. Lánguida, como en cámara lenta, se incorpora y sale de cuadro. Por un instante sólo queda sobre las sábanas, arrugada, y seguramente que empapada con sus jugos, mi cara de ejecutivo jodedor y chupa-conchas. Después la imagen desaparece.

.....

Está loca, evidentemente. A alguien que se da así le falta un tornillo. Lo de ella supera los límites de la audacia, de la astucia, de la estrategia más delirante. Si cree que de esta manera me va a pasar algo con ella, está loca. Si esto es lo que tiene para dar, lo que se le ocurre dar, está loca.

Analícemos. Ella se ha sometido voluntariamente a las vejaciones del poder. A partir de esa sumisión se abren dos posibilidades. Que después el poder la considere, decida premiarla, y feliz de ella. O que el poder la desprecie, la ignore, y entonces se jode. Que es lo más habitual, y lo normal y razonable. Debiera ella de saberlo, y joderse prolijamente, y no armar este circo. Pero es que su furia sexual es tal que es incapaz de posar, hacer un poco de teatro, poner un poco de distancia. No sólo es una puta, es la mala puta, la que no sabe fingir, la que todo lo complica. Esto no es coraje. Es pura demencia.

Quiere algo –algo que está en mí evidentemente, algo que quizá soy yo- y no duda en arriesgar absolutamente todo, sin reservarse nada, para conseguirlo. Eso es irracional. Y sin embargo me fascina, no puedo apartarla de mi mente. Antes en realidad no la veía, no la enfocaba bien, y ahora me está obligando a verla. Me pasa con ella lo que el otro día con un gato. Había ido al mercado de abasto a comprar fruta –me gusta la fruta lo más fresca posible. Entre la gente, y los puestos, y los elevadores de carga, y las camionetas, vi pasar un gato. Tenía cara de recién despertado y de estar cargando con una resaca. Caminaba muy despacio, pero no por los márgenes, como suelen hacer los gatos, sino por en medio del barullo y el vértigo del mercado, no eludiendo sutilmente cada peligro potencial, como hacen los gatos, sino en línea recta, decidido a entenderse con quien no se quitara de su camino. Avanzaba mirando a un lado y a otro, girando lentamente la cabeza, como chequeando que a la vista no había más que los boludos de siempre. Fue la primera vez en mi vida que percibí a un animal, de la especie que fuera, como un individuo, es decir, como un ser único e irrepetible, con apetitos y con humores que le son absolutamente particulares y privados. Me quedé mirándolo y luego lo seguí por un rato, hasta que se metió en un callejón intransitable para quien no tuviera su coraje. Fue mi bautismo ecológico. Entendí que sólo se puede proteger a las bestias si se las considera en tanto individuos. Toda protección en tanto especie o alguna otra abstracción es y será inútil. Algo parecido a lo que viví con el gato

me está sucediendo con la Auxiliar Contable, a la que tendré que dejar de llamar Auxiliar Contable, y a la que tendré que empezar a llamar por su nombre. Está dejando de ser una mujer, una hembra, y está empezando a ser esa mujer, esa individua, capaz de darse a sí misma en sacrificio a cambio de quién sabe qué que ella imagina que tengo y que puedo darle.

.....

De buenas intenciones está empedrado el camino al Infierno. No sé dónde se habían ido mis buenas intenciones y mi empatía al día siguiente cuando, convocada por mí, la Auxiliar Contable entró en mi oficina: seguramente al mismo lugar al que habían ido a parar su audacia y su arrojo. En cuanto la tuve delante pude leer en su rostro la ansiedad. Yo la esperaba una vez más desafiante, pero parecía, por el contrario, vulnerable. No lo sé, pero quizá fue eso lo que me puso de punta. Su habitual mirada desafiante era un verdadero escudo: pero esta mirada humildemente interrogadora la depositaba en el lugar de la víctima. Lugar que –lamento confesarlo- siempre despertó lo peor de mí. Sentí que una ola de irritación me emponzoñaba. No le tuve piedad porque por primera vez pedía piedad. Fui alimentando, con la imaginación de lo obsceno, siempre dispuesta en mí a dispararse, la impaciencia que de pronto me devoraba. Sí, le iba a dar lo que quería de mí, pero mal, de la peor manera.

-Vení, querida –le dije con el tonito con el que las arañas invitan a las moscas-. Vos ganaste, la tercera es la vencida –agregué, relamido como un pederasta violador que le regala un caramelo a un niño.

Se acercó muy despacio, débilmente reticente. Sudaba desconfianza. Mis palabras, en realidad solo burlonas, le habían sonado como una amenaza. Sí, realmente la Auxiliar Contable era muy intuitiva. Acudí, solícito a su encuentro. Le tomé las manos, que tenía húmedas y frías. Me miraba con los ojos muy abiertos, como si no quisiera perderse ningún detalle de todo mi ser que pudiera permitirle adelantarse a lo que quiera que fuera que mi nueva actitud le deparaba. De hecho, temblaba, no seguramente por un miedo físico, sino por la convicción de que en ese momento algo esencial para ella se jugaba entre nosotros. Comprendí algo: su interés en mí podía ser en realidad muy material, pero ella creía estar enamorada de mí. Si no hubiera dado ya rienda suelta a mi imaginación obscena quizá hubiera sentido respeto por su convicción sentimental. Le sonreí y una sonrisa pugnó por aflorar en sus labios.

-Hoy me vas a hacer feliz –le aseguré con un susurro dulzón.

-Sí –dijo suavemente, pero sonó dubitativa. Hurgaba en mi mirada en busca de certezas, a medio camino entre la esperanza y el miedo.

-Vamos... –mimoseé, al verla tan achicada-. La fiera ¿dónde está? –me burlé, zumbón, besándole una mano y luego la otra.

Tomándola de los hombros, muy suavemente, como tonteando, la llevé a darme la espalda. Me llené las manos con sus tetas y la besé en el cuello.

-Sí –dijo, bajito, aflojándose, ganada por la ilusión del sueño realizado.

La mera idea de lo que iba a hacerle me había puesto el miembro como piedra. Se lo apoyé en las nalgas. Culeó suavemente.

-Sí –dijo otra vez-. Lo quiero. Dámelo.

-Es lo que voy a hacer –susurré chupeteándole el lóbulo de la oreja.

-Ya –urgió, melosa.

Le levanté la falda y empecé a bajarle la bombacha. Era verdaderamente un calzón.

-Te pusiste la de ir a misa –susurré.

-Estoy en misa, en mi misa –dijo entregada del todo, indiferente a la cacofonía, con la voz entrecortada por la calentura. Le había desnudado las tetas y se las acariciaba.

Terminé de bajarle la bombacha hasta las rodillas, comprobé con dos dedos que estaba empapada. Desnudé la verga.

-Apoyate en la mesa –indiqué.

Lo hizo, y tanto que apoyó la frente sobre los antebrazos. Le deslicé la verga cuerpo adentro. Tenía una concha, como era de prever, amplia, confortable. Más hecha para el trabuco del beisbolista que para mi calibre estándar. Nobleza obliga. Ronroneó y estiró el lomo, como para abrirse más, como buscando darme la posibilidad de hacer pie. Me afirmé y le solté una docena de puntazos, de los más dañinos de que soy capaz.

Respondió, esbozando un principio de entusiasmo.

-Mi amor –ronroneó, culeando melosa.

Pensé en soltarle el polvo de inmediato, sin contemplaciones. Ese era mi plan: usarla, como se usa a la que se ofrece descaradamente. Echarle un polvo y devolverla al llano. Prendido de sus caderas ya empezaba a remontar la cuesta, y ella a disfrutarlo, en la medida de lo posible, cuando se me cruzó una mejor idea –por llamarlo de alguna manera. Algo entre la rabia y la mala onda, digamos. Pensé que tenía dónde metérsela que la haría sentirse seguramente más plenamente ocupada. Le hundí un pulgar en el ojete. En seco, como se sabe, no es poca cosa. Soltó un gritito maricón. Adiviné la

pregunta que me hacían sus ojos cuando me miró por encima del hombro: ¿acaso no tengo suficiente concha como para que me busques el culo? Y la tenía, sin duda, una gran fruta por fuera, y profunda como el Averno. Pero mi diálogo no era con ella sino con el beisbolista. Le hundí todo el pulgar. Endureció el anillo, como queriendo clausurarlo.

-Despacio –gimió.

-Aflojate –ordené, dueño del campo, inmisericorde como suele volverse uno en este tipo de circunstancia.

Obedeció. Entonces, empapada como tenía la verga en sus jugos, la saqué y se la apoyé sobre el ojete.

-Despacio –pidió alarmada.

Empujé con fuerza, aferrándola por la cintura, para que no pudiera escurrir el bulto. Intentó zafar, pero blandamente, sin convicción. Penetró la cabeza entera. No era virgen del culo, por supuesto, pero tampoco lo tenía muy trajinado.

-Esperá ahora –intentó entonces negociar, ya más razonable.

No le hice caso. Uno a cero no es ventaja. Empujé con fuerza. Me clavé tanto como pude. Trató de aflojarse para dejarme el paso. Me hundí más, ahora sí hasta el fondo, es decir, hasta donde podía llegar. Suspiró entonces. Completamente resignada, sólo quedaba disfrutarlo. Estiró los brazos hacia atrás y me tomó de las caderas para asegurarse de que se la hubiera clavado por completo, y seguramente para ganarse un momento de quietud. Le concedí la tregua.

-Sí, mi amor –susurró, decidida a recuperar la perspectiva romántica.

Removió suavemente las caderas, como para comprobar el estado de cosas. No era mi idea dejarla acomodarse para disfrutarlo. Mi idea era, más bien, sangrarle el culo. Sacarle de la cabeza la idea de que había dado con un pelotudo, o lo que fuera que creyera que le había dictado la conducta consistente en tratarme como a un pajero. Arremetí a puntazos. Con cada cepillada la Auxiliar Contable soltaba unos gemiditos majaderos. No tardó de todas maneras en alcanzar el punto de inflexión a partir del cual sus gemiditos eran más bien de puro gusto. Seguí de largo. No era mi intención darle margen para que se instalara en el disfrute.

-Así, dámelo –gruñía, culeando ya con fuerza contra mi vientre. Tomó mi mano y se la puso en la concha -. Acariciame –pidió.

Saqué la mano, no era mi intención darle servicio, ni tenía en mente compartir el momento del orgasmo. Me prendí de sus caderas y le di como para rajárselo. Dejé que

el descontrol me ganara. Sentí subir el polvo a velocidad de cohete y lo solté. Sin la más mínima señal que le indicara que estaba gozándolo. Apenas acabé de vaciarme retiré el miembro. Se dio vuelta desconcertada. Lastimada en su honor y en sus sentimientos, diría. ¿Cómo podía hacerle semejante cosa? Acabar y salirme, como un tarado, o como un perfecto hijo de puta. De desconcertada, viéndome la expresión indiferente, pasó a furiosa, con un mundo de palabras envenenadas amontonándosele en la boca porque no conseguía articularlas. Me acomodé la ropa tranquilamente, ignorando su drama.

-Podés usar el baño –le dije, como si necesitara decírselo, como si fuera una concesión especial, aún en semejante circunstancia, permitirle el uso del baño privado de un jerarca a una simple Auxiliar Contable.

Estaba fuera de sí. Se subió la bombacha y se acomodó la ropa a tirones. Otra vez le bailaron las palabras en los labios, sin poder sacarlas por la garganta. Se encerró en el baño. Me senté en mi sillón. La había tratado como a una puta. Para ser más preciso: como a una puta barata. Eso se me había antojado hacer, y eso había hecho. Algo no me cerraba, pero no pensaba hacer nada al respecto. Abrí una carpeta de documentos y tomé una lapicera. Fingí estar ya en otra. Pero cuando salió del baño vino directamente hacia el escritorio. Se paró a mi lado. Seguí absurdamente punteando un informe contable. Pero ella seguía firme a mi lado. Levanté la cara, dispuesto a mostrarle mi irritación o mi indiferencia, lo que saliera. Rápida como una serpiente, apenas le mostré la cara me soltó una terrible cachetada. Como para romperse la mano, o como para partirme la cara. Después, sin más, antes de que yo terminara de ver estrellitas, salió de la oficina. El oído me estuvo zumbando el resto del día.

.....

No volví a la oficina esa semana. Despaché asuntos por teléfono. Llamé al jardinero y le hice de ayudante mientras sentía cómo me deslizaba lenta pero seguramente en un pozo de desazón. Evidentemente en el proyecto de cambiar de vida y acceder a objetivos superiores había puesto más de lo que creía. De no ser así no me pegaría tan fuerte la especie de fracaso a que he llegado. Apenas comenzado el camino me he enredado en una situación demente con esta mujerzuela. No esperaba que el hábito de andar husmeando féminas fuera fácil de extirpar. Es toda una vida entregado al juego. Pero tampoco esperaba que fuera a darme por vencido tan fácilmente.

He estado fantaseando con un par de meses de turismo en los confines más remotos y pecaminosos del Oriente. Forzarme a una especie de exceso absoluto, al límite de mi energía vital. Tratar de tocar una especie de fondo, de piso de hastío puro y duro. Quizá resulte cierto que la ruta del exceso conduce al palacio de la sabiduría. Pero no, no soy capaz de esa índole de heroísmos, no soy capaz de seguir la ruta del exceso hasta el final, así como no fui capaz de seguir la de la abstinencia. Más bien creo que mi futuro es el de la normalización, que para eso ya tengo edad: casarme y tener hijos, y seguir, sólo que más discretamente, siendo el mismo mujeriego que siempre he sido.

No puedo darle más vueltas a esto. Me da náusea. Pido humildemente –pero ¿a qué?, ¿a quién?- que me saque de este laberinto. Las cosas claras: no he sido capaz de jugarme todo –ni siquiera sé cómo se haría semejante cosa- para alcanzar un estado desde el cual avizorar qué sería aquello para lo que supuestamente vivo.

No tengo idea de cuál sería ese Bien que me salvaría de la tristeza –qué digo de la tristeza: ¡de la tragedia!- de existir. Sólo podría empezar a saberlo si saliera del embotamiento en que vivo, que es, antes que de cualquier otra cosa, consecuencia del furor incontrolable de curiosidad que me producen las mujeres y que sólo consigo aplacar cogiéndomelas. He estado bebiendo por las noches hasta noquearme, atemorizado por la perspectiva de pasarme la noche en vela dándole vueltas a la cuestión.

.....

Es muy tarde en la noche. La hora del lobo. Quisiera tener un dolor. Algo que me duela continuamente. No algo que termine por matarme, por supuesto. Nomás un dolor continuo en algún lugar del cuerpo. Y no esta desazón terrible. Un dolor que me impidiera ser consciente de esta terrible desazón. Un dolor en el que tuviera que concentrarme ineludiblemente, que me mantuviera en los confines de la conciencia y de cara al vacío. Un dolor del que sólo pudiera liberarme saltando al vacío, a la nada. En la desazón no hay salida, se enrosca en el cuello hasta que asfixia. En la nada, estoy seguro, encontraría una respuesta: llegaría a ella como el sediento que se arrastra por el desierto llega al oasis.

.....

En los Archivos del Departamento de Personal: la Auxiliar Contable ha renunciado. Dejó la empresa. Aduce motivos personales. Estúpida. ¿Dónde va a conseguir un laburo mejor? ¿Realmente se ha sentido tan ofendida y/o tan humillada? ¿Ha temido mi venganza por el piñazo que me pegó? Que se la lleve el Diablo. Me importa tres pepinos lo que haga o deje de hacer. A mí no puede tocarme. Si en un momento de estupidez se le ocurriera denunciarme por acoso me bastaría con mostrar los discos. Pero sé que no es eso, que no se le ocurriría. Es una estupidez lo que hizo. Puedo llamar a Personal y decirles que anulen la renuncia. Y llamarla a ella y decirle que no sea idiota, que en ningún lugar va a estar mejor. Que no le guardo rencor y que prometo dejar de molestarla. Es más, puedo ir a verla. Encararla. Convencerla de viva voz. No quiero hacerle daño. Ni a ella ni a nadie.

Así como estoy, en vaquero y camiseta, sin pensarlo dos veces, me meto en el auto y arranco. Es sábado. Poco tránsito. Manejo hasta el Cordón por la rambla. Muchos botes a vela aprovechando una tarde de sol y brisa moderada. Me detengo frente al edificio en que vive. He tomado la decisión y he llegado hasta aquí medio distraído, medio en la luna. Sabiendo que hago lo justo. Locuras aparte es una tipa bien y no se merece el perjuicio. Oprimo su botón en el intercomunicador.

-¿Quién es? –es su voz.

Le digo mi nombre. Tarda en darme paso. Sorprendida sin duda. Ya me habría hecho la cruz, me habría satanizado seguramente. Suena la chicharra y empujo la puerta. Me espera con la puerta de su apartamento abierta. Está de entrecasa. Como yo, vaqueros y camiseta. Tomo nota –de la manera en que tomo nota de este tipo de cosas, o sea con un cosquilleo en la punta de la verga- de que no lleva sutién. Nada como unas tetas sueltas y agitadas por el lustrado de un parquet.

-Hola –digo, sonriente, como si nada.

Se queda mirándome, como calibrando la onda.

-¿Puedo pasar? –pregunto con voz entre pastosa y bobalicona, como si acabara de levantarme de la siesta y se me hubiera ocurrido ir a echarle un polvo.

Se hace a un lado. La curiosidad mata al gato. El apartamentito luce muy arregladito. Deprimente. La clase media, piccola, piccola. Un vago olor a comida. Si la hubiera llamado antes olería por lo menos a incienso. Cruza la salita y cierra la puerta que da al interior y luego la que da a la cocina. No me ofrece asiento. La cara le cuelga con un gesto pesado de desdén, o de indiferencia.

-¿A qué venís? –pregunta, como si fuéramos novios disgustados.



-¿Puedo sentarme? –pregunto, como si fuera viejo y hubiera subido por la escalera y mereciera al menos que me invite a sentarme.

-¿A qué viniste? –insiste, sin responderme.

Me siento en un sillón que resulta mucho más incómodo de lo que parecía.

-Te pido que no dejes tu trabajo –le digo, ahora ya serio. Tampoco era mi intención venir a provocarla.

Ambas cejas se le arquean hacia las sienes. Extraño gesto, generalmente es una sola ceja que se arquea. Adivino que es lo que menos se esperaba. Probablemente creyó que yo no sabía de su renuncia y que venía a robarle un polvo. Cree el ladrón que todos son / de su misma condición. Ha quedado como trabada. Levanto la mano derecha y le muestro la palma de la mano, como en un juramento.

-Me comprometo a no molestarte más –digo.

No dice nada. En su mirada adivino cálculos, reconsideraciones, cálculo de opciones.

-No vine aquí por mi interés –le aclaré-. Vine por vos. Por orgullo o por temor te estás jodiendo vos misma.

Se aflojó. Se sentó en el sillón de dos plazas, pero no dijo nada. Su mirada vagaba por la sala como si el lugar le fuera extraño y como si los muebles baratos y los adornos vulgares le merecieran especial atención. No decía nada. Pensé que es curioso cómo la consideración de un culo vulnerado cambia según el contexto. En mi oficina era la prueba irrefutable –mal que me pese- de las ganas que nos teníamos. En este apartamentito deprimente era la prueba indiscutible –y quizá aún ardiente- de un abuso de poder. Paseándolo por una playa en Punta del Este lo disfrutaría como la más indiscutible prueba del carácter irresistible de sus encantos de mujer. Boludeces de este pelo me pasaban por la cabeza mientras esperaba pacientemente que la Auxiliar Contable se pronunciara.

-¿Te preocupa lo que digan tus compañeros? -insistí-. Te doy un ascenso y van a pensar que te premio por tus favores. Como hice con otras. Y Santas Pascuas. Nada de raro. Y a nadie le interesa.

Finalmente su mirada se detuvo en la mía.

-Decí algo –propuse.

Respiró hondo.

-Mis labios están sellados –dijo, como si aquello fuera una audiencia judicial, o una telenovela.

Miró por la ventana, como si pensara en huir volando de aquella situación. Afuera un plátano soltaba toneladas de pelusa. Recordé que en la guantera tenía lentes para sol. Junté fuerzas, ya un poco impaciente, y solté algo más contundente.

-Te pido perdón si me porté como un boludo. Ando medio cruzado.

Poco a poco la expresión de su rostro se fue suavizando. Su mirada buscó otra vez la mía. Quedamos callados, frente a frente, mirándonos, como extraños en una sala de espera. Despegó los labios como para decir algo, pero en ese momento se abrió la puerta que daba al interior y apareció una mujer. Su madre, seguramente, aunque parecía su abuela. Estaba duramente desgastada, por el laburo, o por la bebida, o por la desgracia, a saber. Se detuvo sorprendida al vernos. La Auxiliar giró la cabeza y la miró.

-Estoy con un compañero de trabajo, mamá. ¿Qué necesitás de aquí? –le preguntó a la vieja prematura, un poco secamente, como se le habla a alguien deficiente.

-Mucho gusto –respondió la mujer, con una voz que tenía que empujar con esfuerzo para que saliera y sonara.

-¿Qué necesitás, mamá? –insistió la Auxiliar, impaciente, casi echándola.

-Federico está en el teléfono –balbuceó la mujer.

Federico. El beisbolista, seguramente. Llamando para combinar el golpe del sábado por la noche. Sentí, como una especie de efervescencia, las ganas de arruinárselo. Seguro que no me costaría mucho esfuerzo.

-Decile que lo llamo en un rato –dijo la Auxiliar, despidiéndola.

La vieja prematura regresó a su cueva, sin volver a mirarme. Sentí que la interrupción había estropeado el momento de acercamiento. Quedamos medio desconcertados. Me di cuenta de que lo que en realidad quería en ese momento era cogérmela sobre ese desvencijado sillón de dos plazas, y dormir con ella una siesta incómoda abrazados en su cama de una plaza con cabecera de barrotes de hierro que tan bien conocía. Eso hubiera querido. Mordisquearle esos labios jugosos. Olerle las axilas. Lamerle el sudor de las tetas. Pajearla y olisquearme los dedos. Tener ganas de otro polvo y echárselo, buscándole alguna vueltita morbosa. Y que después me ofreciera un vaso de Coca. Y que resultara estar sin gas, asquerosa, abierta a saber cuántos días antes, seguramente para que el beisbolista la chupeteara del pico de la botella. Cosas así hubiera querido. Y a la vez me daban náusea. Me provocaban desazón. Ganas de salir de ahí. Ella sentía también el desconcierto, quizá hasta la desazón.

-¿Algo más querías decirme? –preguntó.

-El lunes llamo a Personal para que desaparezca tu renuncia. ¿De acuerdo?

Esbozó una sonrisa cansada, o quizá despectiva.

-Veremos –dijo, y se puso de pie.

Me abrió la puerta. Me detuve frente a ella. Algo más quería decirle, pero no sabía qué. Estaba buscando las palabras cuando, como dije la vez anterior: rápida como una serpiente, sin preparar, sin armar, sin anunciar el golpe, con una facilidad increíble, como si fuera su especialidad, como si lo hiciera todo el tiempo y a todo el mundo cada vez que se le antojaba, me soltó otro cachetazo de novela. Tan fuerte que me dio vuelta la cara, tan fuerte que me dejó media cara en llamas.

Un poco para evitar un tercero y probablemente definitivo golpe, di un paso al costado, saliendo de sus dominios, cosa que aproveché dando un portazo que debe de haberse oído en todo el edificio.

.....

Pasé el resto del día tratando de descifrar la simbólica del segundo cachetazo. ¿Significaría lisa y llanamente que me odiaba de manera definitiva, o simplemente que no creía en mi gesto generoso, o –para ser precisos- que no lo creía suficientemente generoso como para olvidar mi grosería y perdonarme? ¿O, por el contrario, significaba que me amaba tanto que no podía perdonarme, es decir: que iban a haber muchos cachetazos antes del perdón? Me parecía, aplicando una lógica sentimental elemental, que este segundo cachetazo, por más que se pareciera al primero en todo lo que un cachetazo se pueda parecer a otro, significaba algo completamente diferente. El primero estaba claro que me lo había dado como respuesta a la ofensa y a la humillación de que la hice objeto. El segundo, me parecía que me lo había dado porque encontraba que me lo merecía por imbécil, por no darme cuenta de cosas, por ejemplo: que me amaba, que era mía sin condiciones, etc. etc. El segundo, por consiguiente, me parecía un cachetazo tipo zen, o sea un cachetazo que tenía por finalidad despertarme a la comprensión.

Esa noche no pude dormir imaginándola con el beisbolista. Ardorosa y ávida como la vi en el video: loca por el chorro de semen, loca por doblegar el cuerno arrogante, loca por demostrar quién manda cuando las papas queman. Exasperado por –llámese- el deseo, o por las ganas de coger con ella, en el vértigo de la imaginación le puse letra a su video. Sumariamente: ronroneaba -adorablemente putona en mi versión libre- cuando estaba por chupársela: “Dame esa verga, negro, que quiero tu lechita”, y cuando estaban por empezar con el segundo polvo: “Dame más, matame con tu súper verga”. O

similares. Tarde en la noche, desesperado por no poder huir de mi fantasmagoría, tuve que practicarle una punción para drenar de mi cuerpo todo su veneno.

.....

### III

He releído todo este cuaderno en busca del punto de inflexión a partir del cual me fui al carajo. No lo encontré, por supuesto. La locura es monolítica. Hasta cuando uno se cree más razonable, la que dicta el discurrir es la locura. Que Dios me ampare. ¿Estaba más loco cuando me entregaba alegremente al furor sexual o cuando he intentado salirme, encarrilarme en otra locura quizá un poco menos trivial y más noble, más – digamos- por encima de la línea de la cintura? La solución homeopática era ya un claro rasgo de locura. Si castrarse para no pecar es un acto justamente tipificable como demente, drenarse temprano por la mañana para no andar todo el día olisqueando hembras no lo es menos. Antes bien al contrario. Y por cierto que es mucho menos efectivo.

Convocar a la pobre muchacha para utilizarla como erectómetro, además de demente es vil. Lo reconozco. Aunque no le pusiera un revolver en el pecho, es vil. Abuso de autoridad, flagrante. Convocarla otra vez para chequear mi resistencia a sus encantos más allá de los límites que fingía descubrirme pero que en realidad me auto-imponía, eso... en fin... eso significa que en el fondo no me creía nada de todo el experimento, y que íntima, inconscientemente harto de todo el asunto, quería verlo saltar por los aires. Después... todo lo demás... los videos... todo es mi culpa: que la pobre muchacha se hiciera la película del perverso fácilmente seducible es sólo la consecuencia de mis excesos, a los que me entrego sin tener en cuenta que vivo en un mundo de desesperados que tratan de aferrarse a la mínima oportunidad posible para conseguirse un lugar al sol. Inútil engañarme. Inútil pretender que padecemos locuras compatibles, pretender que mis excesos dementes, cual flecha teledirigida por el Demonio, fueron a

dar precisamente en el blanco, despertando la perversión latente en el corazoncito de la Auxiliar Contable.

Pero ¿y si en realidad nos amáramos? ¿Si todo este asunto que nos tiene enredados no fuera sino una forma especialmente paradójica y laberíntica del típico y tradicional flechazo? Semejante idea, inesperada como ninguna, casi me noquea. Me sacó por completo de las casillas. Le di a todo el asunto un portazo peor que el que ella reventó en mis narices.

.....

¿Cuál sería el Bien Supremo, aquel que estaría por encima de cualquier otro, aquel que justificaría que dejemos de lado lo que sea con tal de conseguirlo? Comprendo que sólo desde la paz del espíritu sea posible discernirlo, que sólo apaciguada la borrasca de las pasiones de que somos prisioneros podamos distinguir aquello cuya consecución, y únicamente cuya consecución, le da sentido a la vida. Pero ¿por qué debo hacer todo a un lado por un bien que ignoro? ¿Y si es una ilusión? ¿Y si no hay tal? Pero sí lo hay. Y si no lo hubiera, debiera de haberlo, lo cual, a los efectos prácticos de tomar la decisión de ir en su búsqueda, es lo mismo. Pero sí lo hay. No sé por qué, pero en el fondo de mi alma –y creo que es la primera vez desde la infancia que recurro a la palabra “alma”- no dudo que lo hay. Hay en mi alma –y, lo sé: en la de todos- la nostalgia inextinguible de esa maravilla que hemos perdido en el atroz carnaval del mundo, a la que no podemos renunciar, y a la que no podemos sino desear recuperar. O voy en busca de ese Bien, cueste lo que cueste, o me resigno a vivir en la náusea, como buen hijo de vecino.

.....

Temprano pasé por Personal. Encontré, por supuesto, la mejor disposición para hacer desaparecer todo rastro de la renuncia de la Auxiliar Contable. Debo decir que el Gerente de Personal es un buen amigo. Antes de que se entregara a las delicias del matrimonio fuimos cómplices en no pocas correrías. “Vos no te corregís más. Genio y figura hasta la sepultura” se limitó a comentar. No soy yo, por supuesto, el único cacagrande al que tiene que enderezarle los entuertos. En mi escritorio me esperaba una pila de asuntos que necesitaban mi aprobación, o al menos, mi firma. Con eso me distraje hasta el final del día.

Regresé a casa manejando lentamente por la rambla. Ah, la primavera. Paseantes, algún bañista, pescadores, una gran formación de aves cruzando el cielo en dirección suroeste. Manejaba muy pero muy despacio: predador en busca de presa. Lo hacía inconscientemente, lo juro. Un tic. Una inercia. Una fémina rubia, de pantalones ajustados, escandalosamente ondulante, pasea su ridículamente minúsculo perrito. La sigo, a vuelta de rueda. Mi pequeño tirano, que utiliza mis ojos a manera de periscopio, se despereza, entusiasmado. De pronto un perrazo grande como un lobo, feo como un diablo, especie de Frankenstein canino de razas mal suturadas, ladrando ferozmente, con las fauces peladas y babeantes, sube por la escalera desde la playa y se lanza con la clara intención de merendarse a la mascotita de la fémina. Veloz, acostumbrada seguramente a este tipo de circunstancias, la rubia recoge a su preciosura y se la aprieta contra el seno. La bestia feroz ruge, dispuesta a saltarle encima y arrancarle el bocadillo. Detengo el auto y corro en su ayuda. Me paro entre la bella y la bestia. Nunca tuve perro, pero tampoco tuve nunca miedo. La bestia, sorprendida por mi irrupción, me mira con sus ojillos amarillentos inyectados en sangre. Ve que no me asusta. Se tranquiliza. Lanza algunas amenazas, se da media vuelta y se va por donde vino.

-¿Están bien? –le pregunto a mi beneficiada esgrimiendo mi mejor sonrisa.

Es una belleza de tipo gringo, de las que en esta ciudad tienden a proliferar hacia el este de Malvín. Rubia, pecosa, ojos celestes, nariz respingada. Un poco huesuda la dama para mi gusto, pero con un par de tetas, sospechosamente firmes, a las que les sobra convicción y elocuencia. Está en ese trágico momento de la biografía de una beldad en el que su envoltura carnal reclama el vigoroso sostén de la ciencia. De ahí quizá el gesto malhumorado que se le ha ido incrustando en los rasgos faciales y que seguramente sólo pierda en momentos del vértigo. El bronceado intenso de su piel nada tiene que ver con el comienzo de la primavera, pero demuestra que no se pela el culo laburando.

-Sí, muchas gracias –dice-. Sólo que Frida quedó muy asustada.

Efectivamente el animalito, acunado cómodamente sobre las tetas de su ama, tiembla como una hoja en la tormenta y tiene una expresión de intenso pánico en su carita de ratón.

-¿Vive cerca? ¿Quiere que la acerque?

La mujer me muestra su dentadura, demasiado perfecta.

-Qué amable. Puede ser... porque Frida no va a querer volver al piso. Vivo aquí adelante, en Punta Gorda.

-Con mucho gusto la alcanzo –digo, abriendo la puerta del auto.

Mientras me da indicaciones para llegar a su casa manosea al bicho para tranquilizarlo y parlotea acerca de la falta de control sobre los animales peligrosos en las calles de esta ciudad.

-Parecía un cimarrón –dice.

-Sí, un bicho verdaderamente belicoso –le concedo.

-¿Y no le tuvo miedo?

-No. Esos animales saben bien con quién se meten.

La miniatura canina se había finalmente tranquilizado y parecía dormitar con el hocico metido en la axila de su dueña. Palabra va, palabra viene, sonrisa va, sonrisa viene, sin apuro pero terminamos por detenernos frente a su casa: una propiedad fea y costosa.

-Lo menos que puedo ofrecerle es un refresco –dice, y le veo en la cara que no está pensando en lo mínimo sino en lo máximo que puede ofrecerme.

-Si no es molestia... –digo, apagando el motor.

Apenas entramos y dejó en el piso a su mascota soltándole la correa del collar, se volvió hacia mí y sin más me echó los brazos al cuello y pegó su boca a la mía. El ataque es tan sorpresivo que nos golpeamos las bocas. Ja, ja, ja, se ríe ella fuera de control. Me toco el labio aporreado, me miro el dedo y tengo sangre. Se lanza otra vez y conecta esta vez correctamente el chupón. Como dije, estoy acostumbrado a dar y a recibir buenas sorpresas. Somos adultos. Ella vio en mí, como yo vi en ella. Y no teníamos ganas de conversar. Un poco brusco el aterrizaje, eso es todo.

-Me encantan los hombres valientes –dijo cuando se despegó para jalar un poco de aire.

Comprobó con la mano lo que su vientre ya le había comunicado: que tenía la verga a punto.

-Vení –me apuré, chupeteándome los labios-. Tenemos que apurarnos –como si el mero hecho de tener la verga dura implicara que accedería a cogérmela.

En la gran sala, de un mal gusto perfectamente gringo, había un sillón de tres plazas. Me sentó en el medio y empezó a desnudarse. Me aflojé el cinturón y me bajé el pantalón hasta los tobillos, mostrándole lo que esperaba ver. Tenía las tetas de una performer de porno, piernas largas y la concha pelada, excepto por una rayita de pelo rubio que le subía unos pocos centímetros por el pubis. Tomaba el sol completamente desnuda. Parada frente a mí, perniabierta, se mojó dos dedos en la lengua y, con un aparatoso movimiento circular, se frotó –más que masajearse- el clítoris. Como quien le

da manija al Ford T. Al ponerse en marcha siseó entre dientes, como una serpiente. Montó sobre mi vientre, descapotó la verga, la colocó en posición y se le apoyó encima.

Soltó un gruñido como de alivio. Como si hubiera estado desesperadamente deseando hacer aquello desde el primer momento en que me vio. Quizá así fue. ¿Acaso yo no había pensado en eso desde que la vi? La diferencia era nomás que yo no era tan expresivo como ella. Sacó pecho hasta ponérmelo debajo de las narices. Le olía, previsiblemente, a menjunjes caros y a bronceador. Eran tan redondas las tetas y con la piel tan tensa que parecían a punto de reventar. Tomé un pezón con los labios, pensando que si lo mordía la teta se desinflaría. Me cabalgaba sin apuro pero con firmeza, mirándome hacer. Lamí el pezón y luego pasé al otro.

-No me muerdas –gruñó como una advertencia.

De pronto sonó un celular. Sin descabargar, con dedos veloces rebuscó en la ropa que había ido dejando a mi lado sobre el sillón, hasta encontrar el teléfono.

-Sí –ladró, sin dejar de coger, sin dejar de jadear inclusive-. Hola, mi amor. Haciendo ejercicio. Decime.

Le tomé las tetas y las oprimí. Mordisqueé los pezones. Gimió con verdadera delicia, directamente sobre el teléfono. Comprendí que su “No me muerdas” no era una advertencia sino un pedido. Mordí más fuerte. Jadeó más. O su amorcito era un retrasado mental o no le importaba un cuerno qué tipo de ejercicio estuviera haciendo su mujercita.

-Está bien. No hay problema. Te espero bañadita. Chau chau.

Tiró el teléfono. No podía más de la calentura. Me agarró del pelo para levantarme la cara y conectó el chupón en el máximo de potencia. Me dolió el labio maltratado. Aceleró la cogida.

-Tenemos que acabar ya –gruñó subiendo a la carrera la escalera, picando en el trampolín y echándose a volar.

Con su amorcito en camino, por mí no había problema para concluir el asunto de inmediato.

-Acabame adentro –jadeó, y volvió a prender su boca de la mía, con tal fuerza que, si mi dentadura fuera postiza, me la hubiera quebrado.

Acabó gritando como un chanco en el degolladero. Confié en que no habría nadie más que nosotros dos en el caserón. Aproveché su alboroto para dejarme ir casi furtivamente, casi como con un suspiro de alivio. Quedó agotada, aplastada encima mío.



Sudando por todas las pecas. Nocaute. Acabar para la rubia era como darse la cabeza contra la pared.

-Hijo de puta –me susurró al oído-. Ese perrazo era tuyo y era todo un montaje porque querías cogerme. ¿Te crees que no vi que me venías siguiendo?

Es lo que digo: la ensalada podrá ser la misma, pero cada uno la adereza a su gusto y paladar. Nos vestimos a las apuradas, como si ya estuviéramos oyendo la llave del amorcito en la cerradura. Un último beso, seco y fugaz, antes de abrir la puerta. Ni “nos vemos”, ni “dame tu teléfono”, ni nada. Cuando mi auto se acercaba a la esquina vi por el retrovisor un Alfa Romeo igualito al mío pero rojo, que se detenía frente a la casa.

Esto es, pensé, retomando la rambla rumbo al hogar, lo que, en plan racional y razonable, uno podría llamar “el Bien Supremo”: un polvo redondo, perfectamente gratuito –y no hablo de dinero-, un polvo limpio, sin consecuencias, al paso, con una mina que vive para tener el cuerpo “perfecto”, a la que le gusta coger –sospecho- más que nada en el mundo, y que, encontrándose en la situación adecuada –o sea, a solas con el candidato adecuado- no duda ni un minuto en sacarse las ganas. Así están las cosas: on the road again.

.....

Evalúo la posibilidad de quemar este cuaderno. Da lástima. Es decir: doy lástima. Es el retrato de un alma sin ancla, a la deriva. El círculo se cerró. Estoy donde estaba antes de aquella mañana que me hizo desear tan intensamente la beatitud, que me comunicó una sensación maravillosa de pureza y levedad, de recomienzo total. Aquella mañana a partir de la cual me parecía posible ser otro, llegar a ser el que verdaderamente estaba destinado a ser. Y bien, no. Soy el mismo. Olisqueando hembras en celo. Lo mejor será dar estas palabras al fuego y dejarme de joder de una buena vez. (Las palabras me traicionan. “Dejarme de joder” era precisamente lo que había intentado. El sentimiento abismal de nostalgia no me abandona).

Fue entonces que, directamente de la nada, me cayó la idea, o, mejor dicho, la certeza: dárselo a ella. A Malena –ese es su nombre-, la Auxiliar Contable. Soy, por supuesto, lo he dicho, incapaz de confiar mi intimidad a ningún saber académico, o esotérico. Pero soy capaz de confiársela a ella que, porque sí nomás, se ha desnudado para mí, en todos los sentidos de la palabra. Una vez que la idea permeó a través de mi coraza me pareció tan obvia que me tuve que preguntar cómo no se me había ocurrido

antes. De hecho me pareció tan obvia que tuve que preguntarme si no había estado escribiendo para ella.

Porque se escribe para ser leído. Se escribe para alguien. Para alguien que puede no saberse quién es, pero que tarde o temprano comparecerá, y leerá, y al leer perfeccionará lo escrito, comprendiéndolo más allá del sentido que imaginara el que escribió. Para alguien por cuya lectura conoceremos el sentido profundo de lo escrito, cuya lectura esclarecerá el misterio que subyace en lo escrito. Si hay un camino parte de, o pasa por, esa lectura. Y ese alguien para quien he estado escribiendo, me pareció perfectamente obvio, es ella, Malena, la Auxiliar Contable. Porque ¿qué sé de ella? Nada. Precisamente nada, excepto que simplemente se puso en mis manos... como el lector se pone en manos del que escribe. Así como ella se puso en mis manos entregándome algo innombrable, la evidencia de *su* deseo, así yo me pondré en sus manos entregándole algo igualmente innombrable, la evidencia de *mi* deseo. Sería estúpido, pensé, abrumado por la obviedad de todo, que de dos actos de una pureza sin límites no hubiera de salir algo definitivo, tan definitivo como la revelación de ese Bien Supremo que desconozco, pero que es el misterio y el motor de este escrito.

.....

Deslicé el cuaderno dentro de un sobre, cerré cuidadosamente el sobre y escribí encima “Srta. Malena – Contaduría”. Cuando mi secretaria salió de mi oficina con el sobre en las manos tuve una sensación de alivio tal como nunca había tenido. No como cuando uno consigue aquello por lo que ha estado luchando. Ni como cuando uno se salva de un riesgo inminente. Conozco esos alivios. Este fue algo nuevo. Fue el alivio – que yo no conocía- del que se entrega voluntariamente a otro, sin reserva alguna, revelándole todo lo que es, o cree que es, sin guardarse nada. Sentí que por primera vez en mi vida había derrumbado las paredes de mi egocentrismo. Y sentí una especie nueva de alegría. Y una expectativa maravillosa, como sólo puede sentirla el que, en estado de pureza, espera que descienda sobre él el Espíritu del Mundo para revelar finalmente la palabra secreta, aquella en que se cifra -aquella que revela- el Bien más elevado que sea posible alcanzar, aquel que nos protegerá para siempre de la existencia y del tiempo y de la muerte. Es lo que sentí cuando mi secretaria, con el sobre en la mano, salió cerrando la puerta de mi oficina. No exagero. A tal punto quedé perturbado por ese

darme, que en ese momento no hubiera podido hablar con nadie de nada, y preferí abandonar la oficina regresando a casa, aunque apenas era mediodía.

Ella leería el cuaderno apenas llegada a su apartamento, le llevaría unas horas, y mañana buscaría comunicarse conmigo. No quería recibirla en mi suntuosa oficina, escenario de los abusos y de los excesos de que la hice objeto. Tampoco quería verla en su apartamento, donde nos acecharía la presencia ominosa de su pasmada madre, y los recuerdos calenturientos de su novio Federico. Tampoco quería que viniera a casa. No quería nada que estuviera cargado por nuestros pasados ni por nuestra condición de cenicienta y príncipe. Ni quería verla en un boliche: algo tan singular como la conversación que tendríamos no podía suceder en la vulgaridad de los lugares públicos. Tampoco en una iglesia: son las casas de la Muerte. Y así siguiendo, iba descartando todos los lugares posibles para vernos, porque me parecía que eso único que habría de sucedernos no podía suceder sino en un lugar de extraordinaria pureza, desprovisto de cualquier tipo de connotaciones personales o culturales, del tipo que fuera. Un lugar inexistente, por supuesto. De última llegué a la conclusión de que ese lugar sólo podría ser La Naturaleza, el seno puro y vivo de La Naturaleza, en cualquiera que fuera de sus formas. Bien. Pero tendríamos que llegar ahí. A un bosque, a una pradera, a una playa desierta, a lo que fuera. ¿Pasaría a recogerla en el auto? ¿La carroza del príncipe recogería a la cenicienta? Nos imaginé. Yo manejando, ella a mi lado. Imposible: semejante cosa implicaba todo un rollo de poder, de clase. ¿Qué hacer? Para la hora de dormir el matete de los preparativos me tenía sobregirado y me dolía la cabeza. Tuve que tomar un somnífero y un analgésico.

.....

En el espejo del baño de mi oficina me esperaban tres puntos alineados, hechos con su lápiz de labios. Puntos suspensivos. Se lo había tomado sin patetismos, con buen espíritu, con una pizca de humor. Me pareció una buena señal. A mí me correspondía cerrar el hiato. Olvidé al instante todas mis laboriosas especulaciones acerca de dónde podríamos tener ese diálogo que se me antojaba trascendental, y mandé a llamar a Malena de inmediato.

Se sentó del otro lado del escritorio. Traía el sobre que le envié, abierto, y lo dejó sobre el escritorio. Parecía muy relajada. Sin tensión sexual ni rencores de por medio tuve una sensación extraña, como si la viera por primera vez. Había en su rostro una

mezcla exquisita de sensualidad y carácter. Me pareció el rostro perfecto para el mensajero que habría de traerme en la punta de la lengua la palabra esperada. Mi entrega incondicional, calculé, había cambiado todo entre nosotros, y la había transfigurado. Me miró a los ojos.

-¿Por qué me diste el cuaderno? —preguntó quedamente.

Me encogí de hombros. No era mi intención que nos explicáramos todo desde cero. Era partir desde un punto demasiado lejano a aquel al que yo quería llegar.

-¿Por qué me diste los videos?

Se quedó mirándome a los ojos. Tratava seguramente de deducir dónde estábamos parados. Asintió lentamente, como si comprendiera mi jugada. Y adelantó un alfil.

-¿Pensaste que yo puedo darte una respuesta?

No podía decirle que sí. No así, en frío.

-No, no exactamente...

Nos quedamos en silencio. Atados por la cautela. Ninguno de los dos quería presionar. Ambos esperábamos cosas muy concretas de este encuentro, pero ninguno de los dos estaba dispuesto a descarsarse. Un poco por temor a que se jodiera todo. Puesto que soy quien soy, y puesto que era previsible, y por eso no quería verla aquí, estar así, mirándola en silencio, dulce y apaciguada, carnal y a la vez inesperadamente angelical como la veía, suscitó en mí el recuerdo de los excesos a que nos entregamos en la impunidad de mi oficina. Revolotearon por mi cuerpo sensaciones cálidas que terminaron por anidar en mi pubis. Mi verga se recordó hundida hasta los pelos en ese culo sobre el que se erguía ahora elegante y juiciosa. Mi bella amiga. Mensajera de la palabra secreta. Culito roto. Sentí que me invadía una mezcla embriagadora de deseo y ternura. Me pregunté si a ella también la invadirían imágenes perturbadoras de lo vivido aquí conmigo. Quizá mi mirada le decía lo que estaba pasando por mi mente. Quizá de ahí el súbito rubor en sus mejillas. Rubor no de pudor quizá.

-Yo no puedo responder a tu pregunta —dijo, midiendo las palabras.

Pero yo apenas la oía. A la irrupción del deseo había seguido, instantáneamente, una profunda desazón, que me encerraba en mí mismo. Evidentemente no podía estar cerca de aquella bella muchacha por otra razón que para tener sexo con ella. ¿Cómo se me ocurrió que pudiera ser de otra manera? ¿Cómo se me ocurrió que algo de otro orden sucedería entre nosotros, algo del orden de la revelación, de la comprensión de lo incomprensible? Por un momento pensé que era el momento para terminar con aquella farsa y retomar la farsa habitual, la de la pasión, pero Malena tenía otra idea:

-¿Por qué pensás que hay algo que sería el Bien Supremo? –preguntó yendo directamente al punto.

-No es que lo piense. Lo sé. No tengo ninguna razón para pensar que exista semejante cosa.

-Pero ¿cómo podés saber que existe eso y no saber qué es? –insistió.

-No sé. Supongo que no es gratis saber qué es. Supongo que tiene un precio: una cierta ascesis, un cierto control sobre las propias pasiones. Algo quizá no fácil de conseguir.

Se quedó callada. Finalmente me mostró las palmas de las manos, vacías.

-No puedo ayudarte. No entiendo de eso. Seguramente que sólo vos podés ayudarte.

No le gustaba declararse impotente. Era una luchadora. Se miraba las uñas y se mordía el labio inferior. Volvió a mirarme. Se rebelaba contra su impotencia.

-O, si sabés cómo puedo ayudarte, decímelo.

Imposible decirle cómo ayudarme, por supuesto. Un poco me conmovía la mezcla de compunción y bronca en que se debatía.

-¿Por qué me diste esos videos? –la insistencia me vino sola, impulsivamente.

-Porque quería que me vieras –respondió de inmediato, como si fuera algo perfectamente razonable.

No supe qué decir.

-Entiendo –dije.

-Me pareció que querías verme –insistió, como para explicar su respuesta.

-¿Cogiendo?

-Sí.

-¿Y por qué pensaste eso?

Se encogió de hombros.

-Porque me miraste –dijo, con tono de que era obvio.

-¿Te miré?

-Aquí, en tu oficina, dos veces –explicó, como extrañada de mi pregunta, como si temiera que mi memoria tuviera algún agujero por el que se vaciara.

Era, pues, sí, perfectamente razonable su punto de vista. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Puesto que la había mirado sin tocarla, a mí me gustaba mirar. Y puesto que quería darme gusto, o sea: seducirme, duplicó la apuesta dándome mucho más para mirar. La putita trepadora. Me daba mucha ternura.

-Y vos –preguntó volviendo al comienzo- ¿por qué me diste tu cuaderno?

-Pensé que si vos te habías puesto en mis manos era justo que yo me pusiera en las tuyas.

-O sea que lo hiciste por razones de equidad.

-En parte.

-Ser justo es una de tus obsesiones –se burló-. ¿Y la otra parte?

-Esperaba que algo sucediera. No sé qué.

Su mirada era ahora insistente. Se esforzaba por descifrarme. Ella también esperaba de mí una palabra definitiva.

-¿Y entonces? –presionó-. ¿Sucedio algo?

-No lo sé –dije, aunque sentía en ese mismo momento la insidiosa desazón filtrándoseme más profundamente en el alma.

-Yo pienso... –dijo en un impulso, pero se frenó. Sentí cómo se revolvía angustiada, deseando poder hacer algún tipo de magia con nosotros.

-¿Qué pensás? –le pregunté, sonriéndole tan dulcemente como puedo hacerlo. Desazón o no, me conmovía un poco bastante su deseo de no soltarse, de seguir aferrada a no sé qué, a su ilusión.

-Tengo una idea –dijo, soltándose.

-¿Qué idea?

-¿Por qué no te olvidás por un rato, no mucho, sólo por un rato, de ese presunto Bien Supremo?

Nos aflojamos. Sonreí y sonrió.

-Vení acá –propuse.

Rodeó el escritorio. Giré el sillón para recibirla. Se sentó sobre mis rodillas. Su maravilloso cuerpo de mujer, abandonado sobre el mío, me mareó. Me tomó de la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos.

-Mirá todo lo que tengo para darte –ronroneó.

Quise decir algo a la altura de las circunstancias, pero por más que abrí la boca no pude decir nada.

-No podés ni imaginarte todo lo que tengo para darte –insistió, dulce como una ciruela roja en el corazón del verano.

Tomó mi mano y la puso sobre su pecho. Creo que quiso generar una cosa profunda, solemne con ese gesto, igualito al del cuadro de Rembrandt de la novia judía. Acercó sus labios a los míos. Me los bañó con su aliento. Tocó apenas con sus labios los míos. Nunca nos habíamos besado. Sus labios eran dulces, mullidos, embriagadores.

-¿Y el beisbolista? –alcancé a preguntar.

-¿Cuál beisbolista? –preguntó con un hilo de voz. Al moverse, sus labios acariciaron los míos.

-Federico.

-Ya fue –ronroneó, y la punta de su lengua rozó mis labios.

-Saliste perdiendo, si no vi mal.

-Se puede perder en cantidad y ganar en calidad –dijo, y deslizó su lengua entre mis dientes.

Puso la mano sobre mi erección.

-Esta es la que quiero –dijo, oprimiéndola.

Me besó a fondo, con toda la boca. No pude menos que responderle.

-Me encanta hacer de la secretaria que el jerarca se coge en la oficina –declaró modosa, coqueta, puta.

¿Qué más puede pedirse en este mundo? pensé, hundiéndome en el deleite, y estaba por abrir la boca para explicarle a la muy desvergonzada que en realidad en su oficina los jefes prefieren las felaciones, estaba ya mi aliento a punto de hacer sonar mis cuerdas vocales, cuando la flecha ardiente atravesó mi corazón. La transverberación, sin duda. La transfixión, ni más ni menos. Y supe que ya no más. Que ese era el final. Y efectivamente fue el final. Y el comienzo. El nuevo comienzo. Sentí una alegría sin límites, inabarcable, incomprensible, inexpresable. Quedé mirando a la nada, con los ojos como platos, como si algo indescriptible e inenarrable estuviera a punto de aparecer, a tomar apariencia frente a mis ojos.

Solté a la mujer. Mis brazos colgaron, pesados como si fueran de plomo. No podía creerlo, cuando ya no lo esperaba hizo finalmente carne en mi carne, ineludible, inflexible, como aquello que se sabe de una vez y para siempre, como principio y como regla para mi vida futura, la decisión absoluta de ya nunca más cejar en la búsqueda del Bien Supremo. Sentí que algo estallaba gloriosamente dentro de mí y que aquel que había sido salía de mí, se deslizaba fuera de mí, como se desliza para quedar en la piedra y en el polvo la piel de la serpiente.

Me paré, impulsado por una fuerza y por una urgencia irresistibles. A punto estuvo la mujer de caer al piso.

-¿Qué pasa? –gritó, asustada.

-Te pido perdón –troné.

-Pero ¿qué te pasa?

-Para mí llegó el tiempo de la ceniza en la cabeza y del hábito del penitente. Para mí llegó el tiempo de la alegría –proclamé.

La pobre mujer no podía dar crédito a sus ojos ni a sus oídos.

-Te pido perdón, humildemente. No quise hacerte daño. Estaba poseído. Ya no lo estoy.

Me miraba como se puede mirar al Diablo en persona.

-Estás loco. Completamente loco –dijo, dando unos pasos atrás, como si se viera en las manos de un asesino serial.

-Andate, huí de mí, socorrete, salvate –le grité en la cara-. A donde yo voy no estás en condiciones de acompañarme.

Corrió hacia la puerta. Allí se volvió para mirarme, con un gesto de pavor en el rostro, como si de pronto la oficina estuviera envuelta en llamas. Abrió y salió corriendo, dejando la puerta abierta. Yo no podía salir de mi asombro. Había sucedido. El mundo, mi vida, todo era otro, definitivamente. Mi secretaria se asomó, con cara de preocupación.

-No pasa nada, querida, no pasa nada –le dije y le sonreí con una sonrisa tan grande, tan fuerte, que sentí que me corroía, que me devoraba, que me partía la cara.

.....